

TARDES Y ADELFA

Armando Alonso de Alba



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES

TARDES Y ADELPHAS

TARDES Y ADELFA

Armando Alonso de Alba



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES

TARDES Y ADELFA

Primera edición 2017 (Versión electrónica)

© Universidad Autónoma de Aguascalientes
Av. Universidad 940
Ciudad Universitaria
20131 Aguascalientes, Aguascalientes. México
www.uaa.mx/direcciones/dgdv/editorial/

© Armando Alonso de Alba
Eudoro Fonseca Yerena (prologuista)

ISBN 978-607-8523-46-7

Hecho en México/*Made in Mexico*

ÍNDICE

Prólogo	13
2002	17
Tardes que olvidó el verano recoger	17
Las mudas palomas	18
Semanas	20
Tres de Viernes Santo	21
La paupérrima ilusión y las largas cornadas	22
Sobre las olas	23
El muro	24
Los ciclones	25
A punto sarazo	26
Una Venecia de tierra adentro y otros diluvios	27
Al aniversario de la ciudad	28
Penúltimos verdores	30
Una mañana con olor a puerto	31
2003	33
Después	33
Horas de carmín y flores abiertas	34
Rapsodia en azul	35
En tus ojos dorados	36
Mediodía	37
El hollín de estas tardes	38
Por la bahía de tus años	39
El aire se llena de brasas	40
La feria otra vez	41
Los pájaros de esta ciudad	42
El día es un largo día	43
Igual en la luz que bajo la sombra	44
Segundo tango de invierno	46
La rueda de los días	47
2004	49
La ciudad	49
El murmullo de las sirenas	51
Arcogris	52

La adelfa tiene el pecho en jirones	53
Da vuelta a la arena del reloj	54
Un largo tranvía	55
Tarde y noche	56
Lluvia y estragos	57
Como en el cine	58
Caminos recorridos	59
El cielo del eclipse	60
Una de tus estrellas	61
Canciones para cantar en los autos	63
Julio	63
La temporada más larga	64
La garúa de noviembre	65
El misterio real que habita en el hombre	67
Señor Marlon Brando	67
2005	69
Desguarnecidos corazones de esta ciudad sin corazón	69
La primavera en lo alto	71
Como el viejo Li Po	72
Una ceniza fina desde lo más alto del amanecer	73
Cuatro para febrero	75
Atrás de la ventanilla	77
Inusitadas canciones de marzo	78
A sotavento	79
A nuestro paso	80
Dos estampas de verano	81
Los sueños abiertos de capa	82
La tierra más verde que el río	83
Las nubes hacia el Este	84
Sobre esa acera de hojas anchas	86
En esta misma época del año	87
Octubre y cigarrillos, y cuadros sin colgar	88
Año bailado	89

2006	91
Luna de dos esquinas	91
El avión más gris del aire	93
Alguien muy cerca de su silencio	95
El Llano, la casa	96
Febrero	97
Un litoral de hoteles y de parques	98
El perfume en el aire	99
El río bermejo	101
Un mar de espumas y un mar de hormigas	102
Por más que rueda abril	103
Radios que cantan canciones de amores rotos	104
Lluvia de mayo	105
Café con lluvia	106
Agua, marea	107
Dos de muertos	108
La lluvia en los bares	109
Se levanta la ciudad	110
2007	113
El río	113
El aire hace figuras con el humo	114
Borrador de un tango para abril	115
El oleaje, los toros iracundos	116
A cierta hora	117
Las flamas de la luna	118
Atrás de anuncios y antenas	120
El corazón de las casas	121
No hay liras esta mañana	122
Sobre los ríos	123
En el café, La Habana, en un bar de San Ángel, en las islas de CU	124
Cielo magro	125
Coplas para no llorar	126
Brotos de invierno	127
Por esta alegría de hormiga	128
Escrito con rojas cenizas	129

*...Y fue el olor del mar: una paloma
como un arco de sal ardió en el aire.
No estabas, no estarás, pero el oleaje
de una espuma remota confluía...*

José Emilio Pacheco. *Don de Heráclito*

PRÓLOGO

Sobre Tardes y adelfas

No es con un gemido sino con un escalofrío que inicia la modernidad, dice Peter Gay en su ambicioso estudio *Modernidad. La atracción por la herejía. De Baudelaire a Beckett* (Paidós, Barcelona, 2007). El escalofrío proviene de Baudelaire, de su sensibilidad reactiva dos solicitudes simultáneas y contradictorias: la del bien y la del mal, esta última envuelta en el perfume de sus flores y su hastío. De hecho, Charles Baudelaire es el primer moderno porque su vida y su obra esbozan ya el programa estético de la modernidad: el desplazamiento del pasado y la postulación del presente como nuevo referente de la vida y la creación artística. El artista debe volver los ojos “al heroísmo de la vida moderna”. Lo que distingue al artista es la búsqueda de la belleza de su tiempo, la belleza particular, la belleza de las circunstancias; una belleza efímera, fugaz, contingente; la mejor manera de descubrirla es pasear por las calles abarrotadas de la metrópoli. El *flâneur*, el paseante apasionado, con un pie en la muchedumbre y otro en la soledad, aporta el modelo de la nueva sensibilidad abierta a las epifanías de lo cotidiano, al despliegue del espectáculo fascinante de las calles y la gente. Ciudades como París o Londres, son pinacotecas abiertas y el artista debe leer en ese entorno. La expresión de la belleza para Baudelaire no es nunca un asunto meramente objetivo: el arte contiene a la vez al objeto y al sujeto, el mundo externo al artista y el artista mismo. Lo bello no es bello en sí, sino a través de quien lo contempla.

Leer *Tardes y adelfas* de Armando Alonso me recordó a Baudelaire. Armando se sitúa en la corriente incesante del tiempo y de la vida como un *flâneur*, como un agudo observador que registra las pulsaciones y mudanzas de una ciudad real e imaginaria al mismo tiempo; un observador que nos habla desde el mismo paisaje citadino que describe, o desde un sitio remoto donde la memoria del corazón reconstruye sus cartografías olvidadas y rescata sortijas de un naufragio.

Tardes y adelfas es una sucesión de instantáneas tomadas sobre la fugacidad de la vida; encierra la pretensión de fijar mediante la evocación poética una realidad esquiva; sólo la mirada distante tocada por el hálito de la poesía puede convertir en perdurable lo que no sería de otro modo sino pasto para la muerte y el olvido. Armando Alonso celebra y ritualiza hechos cíclicos de ocurrencia inexorable, como la sucesión de las estaciones, el tránsito de los meses, las se-

manas y los días. El orden natural del mundo deviene orden sagrado de la vida.

El libro trata de las efemérides que el amor alumbra y reivindica; de los episodios fugaces y significativos que no dejamos morir en el resumidero de los días; no es un libro de horas: es un libro de instantes recobrados, de impresiones perdurables; lo habitan pequeñas iluminaciones, visiones entrevistas, paisajes detenidos. Armando Alonso inscribe marcas de palabras sobre la piel del tiempo, a través de sus textos el lector escucha el aleteo del espíritu sobre la materialidad corruptible de la vida.

El libro puede ser visto como crónica poética de un acontecer cotidiano con referentes identificables –la ciudad de Aguascalientes, sus calles y su gente– pero también como un texto de invención, como la voluntad de estilo y de belleza de un escritor que postula realidades imaginarias a partir de una intención formal y estética; que produce textos que seducen por su aliento poético, por su eficacia expresiva, por su limpieza formal.

Las referencias a un Aguascalientes evocado y perdido, pero de algún modo subsistente a través de la memoria de sus habitantes y del espíritu mismo de la ciudad, las encontramos por ejemplo en *Como en el cine*, en donde la destrucción de los grandes cines, otra emblemáticos de la ciudad, cubre al autor de una tristeza difusa:

Lo recuerdo [a Marlon Brando] a través de esta lluvia impenetrable, sorda, como si hubiese sido ayer apenas cuando nos encontramos –decididos, silenciosos–, con las manos en los bolsillos, en esos cruces, entre el Cine Colonial, El Plaza, El Encanto. Una noche entre los muros derribada. Usted señor Marlon Brando es en buena parte responsable de esta tristeza de hoy.

En otras ocasiones la referencia a esta ciudad se da de manera indirecta a través de sus personajes –el pintor Benjamín Manzo, por ejemplo– o es menos denotativa, cifrada poéticamente, pero inequívoca para quienes hemos crecido en ella y compartimos las coordenadas generacionales del autor: “De cualquier manera las jarcandas se veían a punto sarazo, y con un poco de buena voluntad, de las ramas de algún laurel redivivo bajaba la sombra de algunos cormoranes de tierra adentro”. (*Una mañana con olor a puerto*).

A través de los textos breves que conforman *Tardes y adelfas* aparecen tres motivos recurrentes: a) *la ciudad*, como trasfondo o escenario de las evocaciones o de los episodios poético anecdóticos de los textos, como alegoría o paisaje onírico inventado

o recreado por la memoria selectiva o el deseo; b) *las estaciones y meses del año, el paso del tiempo y las alusiones climáticas*, como componentes de una atmósfera no sólo natural, sino emocional o metafísica, como un tono y una coloratura que envuelve y matiza a la ciudad y a la propia voz poético-narrativa; c) *la nostalgia por la amada ausente, por el amor perdido*. Este motivo es muy importante porque de forma expresa o tácita, articula y confiere su sentido último a los relatos, porque funge como el hilo conductor alrededor del cual se reconstruye un mundo, un instante irrepetible, una iluminación poética.

Sí, a través de este libro, Armando Alonso encarna el ideal estético de Baudelaire, celebra el heroísmo de la vida cotidiana y de su tiempo, ése que encuentra en una ciudad que “va llena de tránsito y de autos, de radios encendidos y crepitantes por las calles... radios que cantan canciones de amores rotos” [...] “ciudad dolida, ciudad en reparación” (*Radios que cantan canciones de amores rotos*); en las calles y en las plazas de Aguascalientes; en las tertulias con los amigos y en los bares; en la evocación nocturna de la amada, una “mujer como luna de dos esquinas”, a la que le dice: “Tú eres la música de esta ciudad. La lira y la lluvia que me despiertan, desde que el mundo y estas semanas y la lluvia pertinaz y esa ola gris” (*Ciudad sin liras*); en fin, el autor encuentra una forma de belleza particular que se desprende de su militancia activa como transeúnte amoroso de unas calles con muchedumbres como ríos.

Dejemos que sea el propio Armando quien nos diga los propósitos que subyacen a la escritura de este libro que tengo el gusto de comentar. Advértase el uso nada casual de la palabra *spleen*:

Para matar el «spleen» de esta ciudad, no sin cierto placer, me di algunas tardes para hablar con porfía de ríos que ya no existen. Le puse además algunas rayas más a esta ciudad, y hasta pasó lo que jamás me había ocurrido, «encanecí en estas calles», cambié de siglo y el color de los ojos se me hizo pardo. Confieso también que arrojé mil botellas a esos mares que desde aquí he creído ver expandirse, más de una vez. El gran aprendizaje que me queda de este recorrido es que la vida es un tango y mantener el abrazo su primera lección, igual echarse a rodar con los pies y el corazón; emprender largas caminatas por sucesivos países del sueño, y saber que en esto cada sesión es irrepetible (*Escrito con rojas cenizas*).

Tardes y adelfas revela a Armando Alonso como el fino poeta que es, que siempre ha sido; es un libro de un escritor maduro en

pleno dominio de sus recursos estilísticos, que ha decantado su sensibilidad y su escritura, su voz poética, para ofrecer al lector un libro hermoso, exquisito como los momentos sencillos y esenciales de la vida.

Eudoro Fonseca Yerena

2002

Tardes que olvidó el verano recoger

Remolinos del viento, lluvia de la ciudad, muslos de pan y madrugada, aceras que al paso de unos días serán hojarasca, cabinas de teléfonos, olvido, cortinas del paisaje, vestidos en el aire, descubiertos una y otra vez por las ráfagas.

Remolino de la ciudad, árboles y días vencidos por la insolación, bajo el peso de las promesas, del vértigo otoñal de los pájaros.

Muros y murallas, desierto y verano, trueno entre las voces lejanísimas, y la palabra lluvia en el verso de tu libreta.

Hemos despertado de nuevo, ciudad umbría, aunque el paisaje del mundo –a esta hora– pareciera borrar todos los caminos.

Las mudas palomas

Tertulias. Una mañana como todas estas de octubre o noviembre con ventarrón y aves allá afuera, sobre la avenida Madero.

Mujeres de azul y rosa, de medias oscuras y navegantes. Una mañana mientras el contertulio, sin acabar de apurar el trago de café, citaba a voz abierta aquello de: “Mujeres que pasáis...”.

Debió ser el momento en que las hojas de los árboles, y las hojas de los hombres, y de las mujeres –allá afuera en la Plaza–, se fueron convirtiendo en algo así como mudas palomas. Una hora y otra y entonces el grueso del silbato por toda la calle, por toda la ciudad, como un río loco, como un río niño, la anunciación del regreso.

“Escupe en el rostro de los descreídos,
para ellos todo verdor no es más que herrumbre”.

Había fognazos de tiempo en el aire del salón, un pozo y un surtidor atados al humo y sus espacios, al aroma del grano, a toda esa memoria desenhebrándose bajo el ventilador. Toro boyante en el cristal de los ojos.

Estábamos viendo pasar la contundencia de aquel río, nuestro nacimiento, nuestro funeral, el pan con briznas de otoño, el periódico sin edad, el ayer, el paisaje que vendrá esta tarde, y ahí nuestro corazón, como un auto grana yendo y viviendo por esas calles, donde un altísimo mar hacía cantar a las sirenas.

Una mañana como todas estas de octubre o noviembre con ventarrón, aves, mallas oscuras y navegantes, allá afuera.

Calles, ciudad de la luna de agosto, estío de lobos y canciones dulces.

Pasaste tocando tu cabello ensortijado por el viento. Las
manos del mediodía daban el ritmo de tu corazón a mis ojos.
El silbato estremecía las hojas.

Semanas

I

Semanas sin huella, encabritados días de poca recompensa. Suspiros atrás del ordenador que a veces sabía ser una especie de vitrina mágica, *-malgretout-*. Te dejas llevar por el ilusionismo de una música. Ellington toca el *Passion Flower* y el breñal de la memoria descubre pasadizos.

Como muchas de las últimas semanas, de los últimos meses y años ciclónicos, se la pasa uno en espera de alguna redonda, noble señal, como creyendo la maravilla de la semana de los tres viernes.

Si no fuera por aquello del optimismo práctico, seguro me habría ya decidido a no profesar más mi empecinada vocación de encanecer en estas calles.

II

Suspiros y respiros y la tarde que avanza mientras sigues apoltronado atrás de esas ventanas. El campollano del cielo se pone de un azul malaquita *-Desiderio dixit-*. Las horas viajan y la ciudad está con la piel irisada. La ciudad que es una esfinge sin rostro.

III

Un saxofón anda ahora en lo de *Toma el tren "A"* y allá afuera los colores del baldío se van apagando. Naufragas en el horizonte sobre el esternón que devora el instante.

El tiempo *-el implacable-* es una tolvenera, una figura de humo donde clarea en su abierta mitad un sol que se cae por la borda.

Tres de Viernes Santo

I

Imágenes como fotografías de la memoria. Una tarde como ésta, de nubes sin rumbo pronto escondiéndose bajo el cielo aperlado. Una tarde de cigarras y adelfas, de automóviles antiguos y verdes.

II

En otros caminos, un Viernes Santo de ausencias mirabas la veleta inmóvil del hotel de Gines, la vista hacia el poniente de la ciudad. Luego tomabas el rumbo de aquellas sombras veloces que rebasaba el autobús, bajando por el paisaje de retamas y curvas, de naranjos e historias enterradas en el corazón de las piedras. Si abrías la ventana escuchabas venir y alejarse el estribillo de quienes caminaban por entre la enorme ciénaga cortada en dos por la culebra de la carretera. Sevilla era toda, a la distancia un camposanto, dormido, hermoso, junto al río amarillento y verde. Un lejano canto cartaginés, romano, godo, abadí, un sueño cumplido, una promesa rota, una mujer, una mirada de aren, también una cita a la que no llegaste a tiempo.

III

Imágenes como fotografías de la memoria. Una tarde como ésta, de nubes escondidas, sin rumbo, tras el cielo aperlado. Una tarde de cigarras y adelfas, de automóviles antiguos y verdes.

IV

Chopos, un tren a lo lejos, pendientes que se descubren cuando la ciudad se vuelve noche y finalmente llegas al bar de Sierpes, donde se sienta frente a ti y pide un jerez de color encendido, al tiempo en que los turistas salen para encontrar la procesión.

L a paupérrima ilusión y las largas cornadas

La noche de mañana sábado arranca nuestra versión del carnaval, en tanto la vorágine del área festiva concluye apresuradamente el andamiaje para celebrar las alegorías de estos tiempos de incertidumbre y dolor. Entre otras cosas, a partir de mañana arranca el desfile de los días y las noches, para que el que quiera y pueda, participe en alguna de las pistas dispuestas en el gran circo de estos desfuegos. Si de algo sirve, habrá que tener en cuenta que lo mejor es siempre llevar la fiesta en paz y andar con muchísimo ojo en estos desfiladeros de la paupérrima ilusión y las largas cornadas.

Algo habrá de tener de interesante el gigantesco escenario de nuestros abriles. Por lo pronto, confieso que mi afición está desgastada y no acabo de adaptarme a la gran corriente del gocerío, de esa alegría variopinta, oronda, a ratos impostora.

Sin embargo, confieso que una dicha fugaz va todavía por algunos momentos, de cuando el gris de una tarde se encaramaba a la descarga solar, y entonces a pleno la hoguera de abril, roja y violeta, entre las jacarandas, con devaneos y latigazos, henchida de oxígeno bajo las enormes ventanas del horizonte.

Temporada para el órdago y los olvidos.

–Esto es así porque para eso es mundo–, decía el abuelo.

¡Que ruede!

Sobre las olas

Me quedo en las olas del bandoneón, del violoncelo, sobre los acordes que se lanzan hacia adelante para regresar con lentitud. El mediodía de San Marcos, Piazzola toca *Tango para una ciudad*, y luego *Tristeza de un doble AA*. Por unos momentos nada se mueve sino esas notas imprevisibles. Cuerdas y respiraciones que en una espuma llevan noche y día. Veinticinco de abril y la única, la verdadera frescura está brotando de ese piano que se va de viaje mientras decrece *Primavera porteña* y entonces “C” me llama desde la odisea del Agropecuario.

¿Qué les puedo decir a mis queridos lectores?, le pregunto en una parte de la conversación.

“Diles que me amas”, dice con chispa.

Me esperarán en vano todos los venenos del día del santo patrono –los dulces y los amargos–. Demasiado sol.

El muro

Lo vi apenas llegamos al pasillo por donde comenzaba a entrar la luz platinada del jueves. Fue la mañana en que escampó, y no pude sino recordar la canción de Nacha Guevara donde revive el poema de Elouard:

“Te escribo en los muros de mi niñez,
en todos los cuadernos de mi escuela.
Yo he nacido para nombrarte... Libertad”.

Los ciclones

La ventana del mundo está llena de tarde, de malvas, de violines dormidos, de puertas escabrosas y dulces senderos, mientras arriba no deja de llover desde el gran frente de oscuras nubes que tiene días estacionado sobre esta ciudad.

Se queda uno pasando la vista por los rincones de granito del horizonte, hasta las más claras bahías del humo sobre los cerros. La tormenta dando vueltas alrededor de sí misma, siguiéndonos, con sus máscaras y sus bálsamos, con todos sus dardos y todos sus adioses, con todas sus esquinas, donde fumando esperas.

A punto sarazo

I

Sin duda, la mejor película de las últimas semanas sigue siendo la de esta lluvia persistente que a mediados de agosto alcanza su mayoría de edad, y que ahora sí, para donde se mire, ha dejado los verdores a flor de asfalto. Escenas para reconfortar si uno se da tiempo de salir hacia los alrededores de esto que algunos llaman urbe. Todo está a punto sarazo y doquier están húmedos los taludes, los vástagos de los árboles, el musgo de esas piedras que creíamos sin posible resurrección.

II

Desde mi mesa del café pienso aún en el domingo anterior, allá por las alturas del Real de Asientos, desde donde se puede contemplar casi todo el valle, sereno y tornasolado, desnudo a través de ese viento que por estas fechas pasa tenue entre las astillas de los maderos.

III

Vuelvo desde la mirada parda y líquida de una muchacha que cruza la acera, veo el ventanal y la avenida, las parejas que pasan, el musgo de esas piedras que creíamos sin posible resurrección.

Una Venecia de tierra adentro y otros diluvios

I

Cerrados los cielos desde El Pinal hasta las alturas de Los Gallos y todavía hasta donde la vista topa con la espesura inabarcable. No se distingue un resplandor en la geografía del páramo, nada hay del sol, salvo el recuerdo, como una pincelada rutilante en dominio de este espacio. El tiempo se ha convertido en un chorro de agua, y el relieve hacia abajo ha cubierto de transfiguraciones los árboles, las construcciones de viento y popa, las calles siempre en reparación.

II

Lloverá como sobre Macondo: 4 años, 4 meses, 4 semanas y 4 días, de corrido. Esto se convertirá en una Venecia, polvo adentro. Así la piedra caerá gajo a gajo ante las aguas. Así de piedra del origen a guijarro, a arena.

III

Cerrados los cielos y sin embargo un instante, sobre la cuesta de algún cerro, sobresale la encrespada acumulación de la maleza. Bajo el diluvio, los matorrales y la arboleda sueñan ser vara amarilla o roja, vara de lanza arrojada a la tierra, dueños de nuevo de los colores y los frutos.

IV

Lloverá y lloverá. Un niño pasará delante de nosotros, sembrando a su paso lombrices rojas, colibríes, floraciones con ojos transparentes, jazmines de alta montaña, pequeños lagartos como espejos. Irá fundando caminos y ciudades –para ir y volver, y para no volver–. Va pasando, pasó, volverá cuando escampe.

V

La flor del desierto
imagina llevar un resplandor de estrellas,
en la punta de su espina.

El toro aspira el anís
en campo de sangre, esperma, vino.

Por el camino anegado
va y viene un ciego
que recuerda –un instante–
el resplandor de la espina.

A 1 aniversario de la ciudad

La ciudad es padre y es madre, es enero y abril y octubre y en medio de eso, la hora y el sitio del encuentro, el centro y el envés de la memoria. Convaleciente ciudad, en el corazón de la alegría, en los hospitales de la nostalgia y del porvenir; mano de un niño dejando su inscripción en la piel del árbol.

Ciudad abierta y acorralada, luminosa y turbia, vientre de todos los colores, llena de piedra y cal y pedazos de vida, de caminos y pisadas extraviadas en el parque, en esa esquina aún de pie, en la cabina de un teléfono de tono amargo y jubilar.

Jubilar y cercenada, te cantamos. Originaria, sedienta, postiza, caída y vuelta a levantar.

Calles y plazas con noches como hachas crujiendo en la tormenta. Ciudad sin río, sin otra orilla que la tarde en el bruñido laurel.

Hoyo del universo donde yace la ceniza amada. Roja casa imbatible. Madre, padre, en esa esquina, aún de pie.

Penúltimos verdores

Saluda a estos penúltimos verdores desde tu ventana de segundo piso, desde donde la vista puede ir y venir por entre tejabanos rojos y muros gastados por el salitre, edificios, antenas, calles donde los autos se apilan en el serpenteo mientras Rachmaninov sigue y sigue.

La marea de los parques y de los patios parece navegar con sus árboles a la velocidad de las nubes. Las azucenas, los jacintos y alguno que otro brote de esparcetas se aferran a la tarde.

Las ciudades del firmamento van cediendo en la fijeza de sus tonos azules y hora con hora, como en un gigantesco lienzo, van transformándose. Noviembre es un caminar sobre el mármol ajado, primitivo. Es noviembre entre muros y parques y patios cubiertos de brotes y de nubes.

Una mañana con olor a puerto

A Benjamín Manzo

A pesar de octubre, los cardos de la plaza llevan aún capítulos de color púrpura.

Como si el verano resistiera a irse de la ciudad, en algunos rincones nos abordan aún olores marinos, palabras, viejas y nuevas conversaciones, septiembre entre las piedras, sillas y mesas y caminos, ventanas, y tormentas, labios, y detrás de la niebla el remolino de un girasol.

Te lo digo: están las jacarandas a punto sarazo, y hay cormoranes de aires adentro, volando sobre esta extraña mañana. Hay un olor a puerto, y en algunos rincones nos asaltan tus colores.

La tierra es en verdad todo lo que tenemos, y te ha de ser leve, Benjamín.

2003

*D*espués

Después, cuando esta ciudad se vuelva una ciudad sin ti pero siempre llena de ti, de tus cosas, de tus palabras, de esa mirada que todas las estaciones sabes hacer deslumbrar para que no se borre nunca el sendero.

Hemos imaginado que regresarás cuando el domingo, cuando en el fondo de la casa la buganvilia, resople aún su adormilada lumbre.

Nunca quitaremos tu silla de esa mesa.

Horas de carmín y flores abiertas

I

Tránsito agolpado en la pantalla de cristal, líneas de color marrón que se suceden como venidas de mundos desconocidos; escritura invisible que hemos dejado en nuestras paredes, entre casas y ciudades, lejanas, aleañas.

Tránsito agolpado mientras afuera la lluvia reúne sus pasos sobre la luz ámbar de las aceras, socavón del fuego y la penumbra.

II

Palabras muy quedo en el rincón del bar, tras de las notas del sax, del piano y los otros murmullos que vagan por el espacio; oxígeno perfumado de habanos, aroma de licores, de mujeres que toman el lápiz labial para escribir mensajes en los espejos de media luz de un baño. Horas de carmín y flores abiertas.

Solo tú eres capaz de descifrar la liturgia de los misterios cotidianos, aunque la medianoche continúe devorando relojes y a veces alguna espera resulte vana.

III

Hora de llegar. Hora de retirarse, de levar anclas, de mirar los autos que siguen en perpetua rotación en esa glorieta, donde algunas mujeres doblan a izquierda y derecha de su corazón para tomar camino a otros puertos.

Oscuridad alumbrada, de cerca y a lo lejos, por una boca que es un rojo clavel, una luna de zozobra y virtualidad derrotada, de caminos recorridos y pétalos que tú inventabas, que inventamos para tu cuerpo.

Rapsodia en azul

I

Nubes que no se lleva el viento. Siguen ahí, lentas, dando vueltas alrededor de la ciudad, cambiando de vestidura cada momento, mientras las ramas apagan su vigilia, sus verdes. Se cierra el horizonte y algunas luces aparecen en el rostro de la ciudad sedentaria y sedienta. Tango de sombríos espejos. Viajes, tránsitos, miradas sin tiempo ni reflejo. Rapsodia en azul en tu recámara, aunque las nubes se pongan de ceniza, trémulas.

II

Hay un olor de habano persistiendo contra la lluvia. Hay un olor que puede viajar contra estas ráfagas. Naves, olores que inundan el sabor de la lluvia, largo murmullo de una mujer, revelándose de poco en poco con esas palabras que son como un río cayendo sobre esta ciudad.

III

Hay un olor de sol apagado y es un olor de habano, y de cuerpos y pasillos de hotel y habitaciones y terrazas, también palomas y palmas ondulantes, mundo, playas, y parques encendidos.

Hay un olor de océano en los frutos, de vida partida a la mitad, de ruiseñores resistiendo bajo la tormenta.

IV

Anochece en medio de la plaza y el infante ángel de yeso sigue tirando flechas cuando el viento es ya también el agua.

Ciudad de vientre seco te estoy viendo llover desde mi terraza de mar. Me quedo con la sal y el agua. Para ti, la tierra, el tango de sombríos espejos y una rapsodia en azul en tu recámara.

En tus ojos dorados

I

Vueltas alrededor del laberinto, que es esa hora cuando la tarde se adelanta y las cosas, los objetos de arriba y de abajo, los rostros, los retazos del día, nos siguen a nuestra cotidiana oscuridad. Calles abajo, minutos como hojas derribadas, hormigas sobre este berenjenal de notas que hoy te dedico.

Vuelta a la vuelta, el horizonte de pájaros revuela en la luz de tus ojos dorados, y yo sigo en la lidia, frente a las trampas que no he de beber.

Te escribo lanzando mi nostalgia por todas las ciberrespirales, mientras allá afuera el otoño forma una legión de nubes sobre la planicie, y tú no estás aquí para decirme... Para leerme esos versos donde dice que “el mundo está roto y oxidado”.

II

Los días y las noches serán ahora más cortos. Encuentros cercanos, tramas para las que aquí ya no hay mucho espacio. El otoño que se dice bruñido es ya tan solo una marea oscura, tras de la cual debe caminar la gran metáfora de la noche, sus más afortunados refugios, sus ofrecimientos.

–Nos vemos más tarde–

Las aves, los reflejos que quedaron del agua navegan silenciosos en la media luz de tus ojos dorados.

Mediodía

I

Mediodía que persiste en desagravio de los frentes fríos, mujeres que despiertan y vuelven a dormir como en un octavo día, donde la vigilia es para los árboles, para ese paisaje de edificios, allá, lejos, donde un silencio crepita en el musgo, y el mar resopla –a cuatrocientos kilómetros de ti– y los estratocúmulos rinden su límite en las olas.

II

Canícula el mar; las aves y el tumulto de luz y de miradas. Aquí el *spleen* de la ciudad, el rasgado desierto, la vana cicatriz, el óxido apretado en el peñasco, las fauces de otras aguas.

El hollín de estas tardes

Miras la ciudad de tantísimos años, tatuada en sus paredes de declaraciones de amor y de odio, de días y noches vacías, pletórica de rostros y pisadas, de pájaros aturcidos, de adoraciones que ruedan en el polvo perdido. La ciudad que miras bajo el hollín de estas tardes, de estas calles, más sordas que nunca.

Piensas a ratos que todos los sueños, de todos los hombres y de todas las mujeres, han tomado rumbo tras el éxodo de esas nubes que apenas hace unos días centelleaban. Cielos tan despejados de este octubre raído, fanfarriente. Ocasión para que los vocingleros hagan sonar sus cuernos de caza, para que los perros y los gatos, las parvadas de razonada y vencida esperanza se difuminen en estas acercas, precipicio, precariedad.

Te asomas a la ventana para ver los muros desnudos, el sol raído del páramo, el litoral imposible, los muelles donde el mar es un lienzo impávido, el éxodo, los sueños de todos los hombres y todas las mujeres.

Por la bahía de tus años

I

En el mejor momento de la tarde viene esa brisa que nadie advierte pero que existe cuando la piensas, cuando dices «mañana», y entonces allí están los barcos grises y lejanísimos pasando en cámara lenta por la bahía de tus años. Buscas, tomas una a una tus cosas para salir, mientras una delgada luz traspasa ventanas y mueve cortinas.

Paso a paso te vas y en unos instantes eres noche. La lumbre de un cuarzo vaga en las calles, y va entre los pensamientos de cuyas suaves mordidas tú conoces.

II

Ahora percibes el tránsito hacia la primavera. Sientes el paso en firme de los días por venir, del tiempo circular que frota sus manos en este aire tibio, color de un cielo de circonio.

Dices “mañana”, dices “hoy”, y entonces allí están otra vez los barcos lejanísimos, pasando en cámara lenta por la bahía de tus años.

El aire se llena de brasas

Invierno, pero aún sobre la arena o en los árboles el pavoneo de los pájaros, el mediodía que parece cantar desde sus gargantas, aunque el mediodía no cante.

Espirales de vuelo para las oscuras, y allá al fondo la plaza y su gran barco de piedra bajo este sol protuberante.

Una mañana calada de tormentas polares, mientras con el primer trago de café disipas el augurio de la nevada. Por entre los grandes ventanales se cuela un aire que de nuevo se llena de brasas.

*L*a feria otra vez

Por gracia de Zeus y ahora mirando las cosas del lado optimista, sólo quedan dos semanas para que termine este abigarrado carnaval de oferta y demanda, de desfogues y deslanamientos. Cuarto o quintopatio de este enorme recinto de incertidumbres y desencantos.

Café rayando los vésperos. Horas para asomarse a la ventana desde donde refulgen ciertos linderos del aire adormilados por la alta temperatura. El tiempo debe tener acta de nacimiento de abril, como las jacarandas afuera y la acera de enfrente.

Largas y viejas calles por donde asciende el vapor de algunas piedras que siguen camino por donde las sirenas y las princesas y las patronas del carnaval. Por donde alguien nos dice que el canto, el queso, el pan, el vino, los perfumes, están en otra parte.

Los pájaros de esta ciudad

I

Tardes para los infantes que rondan otra vez estas calles al inicio de la temporada de asueto. Niños que no saben que son niños tristes, mujeres con prisa.

Nubes muy grises, y de nuevo la espera detrás de esta ventana, donde el viento apresura con alas grandes sus cenizas, hasta la orilla azul del horizonte por donde el diluvio llegaba.

Oscuros como las oscuras en el alto zaguán, en el carbón de los atardeceres, los pájaros de esta ciudad se han vuelto también habitantes tristes.

II

La madreelva está en flor sobre un ramaje lleno de polvo. Polvo es la tarde, y en polvo se habrán de convertir el Sol y los pianos del mundo.

Un radio murmura a lo lejos, un motor cruza allá abajo, internándose en laberintos donde hasta los muertos se aburren. Las nubes están en flor.

III

La primavera que vendrá es ya mariposa levantándose de la hojarasca.

Parques en hora de cierre. Hay silencio en el fuego de los amantes y a pesar de todo, la noche enciende flores glaucas y rojas en las adelfas.

El día es un largo día

I

Los días del otoño son entre las calles, tras las ondas de ese aire que deforma los senderos, al tiempo que la noche va madurando. Algunos pájaros sueñan entre esa gran nube de verdes oscuros que se ha quedado atrapada entre los árboles, pertinaz, ciega ante nuestros ciegos ojos. Al tiempo que la noche.

II

Los diarios del día nos esperan en la esquina donde las generaciones entrelazadas, como mariposas, como larvas, buscan cambiar de acera y de ilusiones. En tu nave amarilla dejas esa calle y emprendes el camino de todas las mañanas, mientras unos ojos, como al naranjo y al segador, te ven desde la ventana.

La mañana despierta con los gorjeos y el ruido selvático de las cafeteras, como abejas, como larvas o almas trasijadas que allá afuera abordan los *buses*.

El día es un largo día, una larga canción sólo escrutable desde el lado oscuro de nuestras costillas, de nuestros dedos que se empecinan en inventar la esquina, la nota abolida de los pianos.

Igual en la luz que bajo la sombra

Leo acerca de los cánceres de estos tiempos y a propósito de aquellos seres para quienes el tránsito de vida es sólo una brecha que los lleva a una muerte prematura; las muertes por diarrea que hubiera salvado una sola pastilla. Es un artículo viejo que habla de Camus, del Talmud, del Che, del absurdo del mundo que no pesa tanto como la naturalidad con que algunos aceptan tanta locura. No tengo cuento de Navidad y me he puesto a descubrir viejos papeles, encerrado en una oficina de reflejos amarillos y verdes. Dejo afuera a ese viento que es una piedra rodante.

Hay una cúpula baja, una enredadera de flores violetas, un muro tras la persiana que viene y va y no acaba de oscurecer. Allá afuera un ímpetu de poca chispa llena el alma de esta ciudad de mujeres y hombres que se pierden tras sus pasos, igual en la luz que bajo la sombra. A ratos leo en voz alta. Toco frutos lejanos y entrañables que convoca este aire. Libros viejos para pasar la Navidad antes de que ella, con su maquinaria feroz, pase sobre nosotros.

Leo a Camus que dice que *la verdadera desesperanza no nace ante una obstinada adversidad*, ni en el agotamiento de una lucha desigual, sino que proviene de que no sabemos ya nuestras razones para luchar o, precisamente, si debemos luchar.

Tres veces repiquetea el teléfono para decirme que la Navidad es sólo un fantasma triunfalista, renegado, mudo hace siglos. Una vez más tomo el auricular y entonces alguien –sabiendo en lo que estoy– me dice que no podemos perder “el sentido imprescindible del futuro”, y aquí paro.

“... Fui entonces como muchos, un hombre cuyo único puerto era el futuro, y navegué, sentí el olor de las especias, avizoré la franja azul de las montañas, el vuelo

de los pájaros, el sargazo disperso entre las olas,
mientras batía el viento y sin cesar cantaban las sirenas.
Ahora busco de nuevo un punto vulnerable en el
paisaje”.

Waldo Leyva

Segundo tango de invierno

Algunos viernes, las cuerdas del concierto invernal bajan a esta ciudad que es tenue de por sí.

En un presto, como sobre el ritmo en el que va el invierno, las calles y los corazones se convierten en un mercado gigantesco de afectos, dádivas y bendiciones lanzadas desde todos los puntos claros y oscuros del deseo.

Ni la bravura del mar, ni el resonar de viejos tambores, hasta que Isa me llama desde la Ciudad de México, desde su tristeza alimentada y bebida en las bancas del exilio sobre Paseo de la Reforma.

Llama y en una pausa de silencio se escucha *Adiós Nonino*, y entonces, de su voz sale otra vez ese batir de hierbas, de juncos porteños que se doblaban a la orilla del río. Los caminos de San Telmo.

Me pregunta, ¿cómo están los laureles de la plaza de Aguascalientes?, –viejos, cada vez más viejos–, le respondo.

–Escribe–, y dice –nunca nos olvidemos–.

Atrás se escucha de nuevo *Adiós Nonino*, y en su voz, que quiere llorar, se agita un batir de juncos.

*L*a rueda de los días

Ruedan los días con escasez de buenas noticias, y ruedan triturando las horas, desde el domingo hasta el jueves, como si de molino fueran.

Uno tras otro sobre las espigas y las temporadas. Los días que de un tiempo a esta parte dan alimento salvaje a este sol.

La rueda y, de un instante a otro, el descorrer de telones nubosos sobre la tarde, sobre esa avenida que pronto estará de inundación, varándonos en sus aceras.

Duerme el laurel de cien años y una flor de ceniza se arrastra bajo el muro, bajo el estrépito de las aves que toman ruta para guardarse.

Así en cada esquina, en los andenes, en todo refugio de sombra que le quede a la ciudad.
Agosto calcinante, perseguidor, enfogonado. Luz de pedernal, cegadora y briosa sobre las fuentes, donde el mediodía se reúne y dispersa, punzante, arrebatado.

2004

*L*a ciudad

I

Si cierra uno los ojos y nada se mueve cuando el reloj da las cinco. Si el silencio se convierte en el antiguo sonido del mar crepitando en las ventanas.

Si llega el anochecer y en ráfagas transparentes el verde del mundo persiste en todo rasgo. Si un instante cierras los ojos y luego los abres frente a esa rúa estrecha y curva.

Si llueve y el trueno rompe el primer sueño, mientras tú abres los ojos y despiertas pensando en que es septiembre o que la lluvia sigue cantando bajo otra lluvia.

Si los pájaros están vuelta que vuelta a esta plaza, entonces podrás morir conmigo, y yo en ti, ciudad.

II

Será tu viento estrella sepultada bajo el polvo de enero, pero antes, para que nada nos separe, lloraré en tu plaza, donde ya he llorado.

Si amanecemos náufragos en las aceras de tu playa, una mañana, ciudad, una mañana de madera quemada por el sol, de enloquecidos ojos que miran aún la fronda, las murallas, los caminos de arena como acuático incendio.

Si somos rescatados y el mar canibalesco en forma y fondo, desaparece del sueño.

Si llega y los pájaros están en círculos sobre aquel parque, si llega, ciudad, si viene y la hora es un batir de puertas entre los años devorados, un viento dentro del viento.

Si el mirlo está cantando al atardecer y el atardecer le canta al mirlo.

Si queda aún camino, entonces moriremos ciudad, y lloraremos en tu plaza.

El murmullo de las sirenas

Año nuevo con días grises de aire alterado, desvariando entre el amanecer y el mediodía que hace tortuosos los caminos ya complicados de esta ciudad. Caminos tortuosos, avenidas en perpetua reparación, calles con heridas crónicas y también, de mucho atrás, la congénita soledad que vence todo propósito. Los sueños en desbandada, una jungla en cada corazón.

Entre los tráfigos del lunes al jueves, y ya sin prisa el cuerpo, el espíritu y sus templos se dan a deambular sin prisa por las rúas que llevan y traen por entre el Yambak, El Túnel, la Monumental, el Sena, el Weekend, a lo de Boni y el Xenius en la calle Madero. Caminos que deberían llevar una placa por cada una de las encendidas solidaridades y los amores viejos y siempre recientes, –que por ahí pasáis–.

Año nuevo y noches sin murallas. Las calles habitadas aún por edades antiguas. Resoplantes y calientes –*malgretout*– contra las glaciaciones que han dejado hielo en el alma de los paisanos. Bajo ese cuero duro.

Más cerca ahora, el ruido de los motores, el murmullo de las sirenas que al filo de la medianoche toman el turno jubilar, en aquel arrecife de mesas tras de la luz tenue.

“(…) Tertulias de sombra en sus pestañas.
Rumoreaban como uvas de un lagar.
Reconstruí de súbito la fiebre, mientras el acoso flameaba
entre sus medias (...)”.

Juan Bañuelos

Arcogris

Cavilación en medio del aire frío que atraviesa los árboles,
las alamedas que son un socavón de amarillos moviéndose al
tiempo que las nubes en su inmenso arcogris.

Ventana que se cierra para que convalezcas, para esperar la
vuelta de marzo.

Las alamedas de nuevo, despacio, fluyendo entre la lluvia,
giros, sombras, traslaciones, convalecencia, ruina y
esplendor de la ciudad, dentro de nosotros y allá afuera en el
socavón de amarillos y verdes, bajo el inmenso arcogris.

L a adelfa tiene el pecho en jirones

I

En el cauce de estas noches largas –que no tienen música de alas– algunos recuerdos se ciernen en el polvo del aire invernal que ha puesto a muchos quietos. Tose la ciudad apenas se hace noche. Tose en cada llamada del bronce, en cada paso de motor, en cada recuerdo del porvenir, en cada volver a empezar. Gajo del año que se nos pone álgido, carrasposo.

Las ramas abiertas agrandan el paisaje allá arriba, oscurecido y todavía azul, cuando el carbón y los cauces se apagan.

II

El meteorológico recomienda ir más allá del necesario optimismo. Ver por ejemplo la mañana llegar y llegar uno con ella. Pararse junto al mástil, y sobre la ceniza de la noche contemplar otra vez la cordillera, las sirenas que van en sus naves silenciosas. A estribor los cafetines, los bares, los edificios, las oficinas, a donde no habrás de regresar.

III

Viendo las cosas detenidamente, no se puede decir aquí que el mediodía sea lúgubre, sino que más bien parece todavía la aurora.

Luego el día encandilado y corto, atajo por donde el viernes y el sábado no tienen horas o rutas.

IV

A pesar de todo quedan aún unas pocas aves en los parques. Noviembre muere hoy más que nunca, y bajo la noche que viene llegando, la adelfa tiene el pecho en jirones.

D a vuelta a la arena del reloj

I

Pasamos otra aduana de invierno. Al mediodía, la ciudad vuelve a ser centro pululante donde a la mitad de febrero los días incluso extienden colores, sonidos. Aduana tras aduana, como pasando las páginas de un diario, por ese café, por esas calles, por naves habitadas de relámpagos, escaleras, “y grises escritorios...”
Barcos muy lentos, si es que barcos, si es que muelles, si es que viernes.

La ciudad que vuelve a ser mediodía en las tonadas, en el grito latente en el silencio, en la paz y la guerra de los cementerios, en el espeso corazón de los desocupados. Primavera que se anuncia y se esconde ante la esperanza y sus portentos, sus simulaciones.

II

Caminos sembrados de caminos, de oleajes bravos que son canciones y abismos en el agua, caminos sembrados de asuntos públicos y cosas relevantes, mientras aquí pasemos la vida, dale vuelta a la arena del reloj, golpe a golpe, aduana tras aduana.

Un largo tranvía

I

Días que todavía llevan instantes polares cuando el sol quiere despuntar y dentro de nosotros todavía se mecen los humores del sueño. Fachadas y vecinos conocidos, árboles conocidos, mediodía que escurre de los termómetros. Cruces conocidos, fantasmas que uno domestica para que no salgan de noche. Todo recobra su luz apenas una ceniza de diamantes se apodera del aire, y los muros alzan su luz de malvas que respiran de entre los restos polares, el aire de marzo, quizá también el de abril.

II

Fachadas y vecinos conocidos, árboles conocidos, y apenas una ceniza, una luz de malvas, los humores del sueño, cuando Clara me pregunta sobre el estado de la nación, y yo que observo ahora el ligustro, le comento en negras tintas, que las musas de Modigliani lucen descoloridas de tanto sol oriente.

—No importa, hay que hacer del fin de semana un largo tranvía—, dice.

Tarde y noche

I

Una radio toca lejana por esa calle donde ya los niños se han dispersado y donde entre los muros resuena el jadeo de algunos motores. Por lo pronto, las jacarandas están encendidas de violetas aunque en el giro de las horas, la faz del páramo se convierta en máscara polvorienta.

De cualquier manera las tardes son tardes, amplios zaguanes para la sombra de los pájaros y el amparo de abril.

II

La noche enciende sus alumbrados y abre sus salones donde algunos parroquianos se dan a recomenzar las largas tertulias en medio del mundanal. Noches húmedas donde tintinean los cristales y las miradas se cruzan en todas las direcciones, por donde puede viajar el deseo. Destello de unas pupilas, gravedad de algunas risas sobre el tejido curvo, encuentros, saludos a fondo, dando el pecho. Cadencia, frenesí, un solo relámpago varado en todos los rincones del bar, mientras tú miras por la ventanilla los astros que allá afuera se alinean. El tallo oscuro y salado de los cuerpos ha de volverse escama acuosa, puerto del sueño y del azúcar, antes de que la noche acabe.

Lluvia y estragos

I

Caminas tras la llovizna y la lloviznada tras de ti, bajo los árboles que vierten en la acera su mancha de ceniza, sombra a sombra. Va entre las nubes –naves de la memoria–, un jirón del océano y las aves vuelan en el viento estragado. El lagrimear de esos ángeles es agua amarilla en la cantera, rasguño de palomas en la feroz resistencia de las torres.

II

En las terrazas atlánticas sucumbe el día y la luz relampagueante de los meses se destroza entre lirios y balcones. A lo lejos, la noche, figuración de monstruos hermosos y marinos, ruido del mar ascendiendo la montaña, mientras te toco con mi mano empapada, del corazón de la lluvia y el mar, cicatrices de sol abandonadas, espuma, dardos, sudor y lágrimas y una ópera salvaje.

Como en el cine

I

Decías que era un paisaje de muros con los días contados. Que todo el mes de julio estaba enredado a ese vórtice donde una lluvia siempre conduce a otra, como de un tren a otro, como de una recámara a otra, deslavadero del tiempo, paso a paso. Decías que era el paisaje, las despedidas por la tarde, el nombre de las cosas que ya no están, que tampoco recuerdas.

II

La enorme cortina de la lluvia no acaba de bajar. Sombras verdes a contracorriente, equipos apagados, corazones inconexos, presencias, pasos y voces al otro lado de la borrasca mientras en algún cine ha terminado la función.

III

Algo se agita entre los árboles –brazos nadando allá afuera–, algo más fuerte que la niebla o las aceras y sus golpes, algo más duro que el aire de unos ojos cuando se han cerrado. Cuando uno se ha quedado dormido en el cine y la oscuridad es la película.

Caminos recorridos

I

Semana para salir tablas con los pendientes. Papeles blancos y amarillos, la agenda abierta que se quedó en la segunda de abril, con *haikus*, con direcciones tantas como una ciudad emborronada donde hay puntos de interés, de obligación, de atascos, de promesa, de “ahora sí nos vemos el viernes, o el sábado”. Semana para salir tablas e ir por la media luz de esas notas donde quedó un asterisco, como mancha de estrella sobre el garabateo de esos números y nombres, y citas y llamadas.

II

Mejor no escribas en la agenda de estos días en donde el tiempo por venir se vuelve camino recorrido.

III

Fue la semana número 1587 de tu vida y caminabas bajo el sol de mayo, aunque ya no recuerdas dónde el río desembocaba: ¿En Virgen de Luján, en Homero, en Horacio, en Juan de Montoro, en 3 de mayo, en 20 de noviembre?

IV

Da vuelta a la hoja, que es hoja de periódico de ayer.

El cielo del eclipse

Tras el eclipse, el cielo diurno se quedó con algunos rayones de nubes que para ser octubre tenían un extraño color rosáceo.

De pie, en el patio, veíamos cómo Selene dormía en su luz irisada sobre un avión de colores friolentos que cruzó por tu camino cuando apenas salías a la calle.

El cielo del eclipse quedó embadurnado de algunos inocultables trazos de tu recuerdo.

Una de tus estrellas

Verano allá arriba y acá abajo, donde la vida burlona –como en el tango– ofrece todas las vistas de la ciudad. Una mañana de estas en que hay gineceos y olores que maduran en el humo fresco, en el agua fresca, entre las piedras y el musgo residual.

Una mañana sin tiempo, sin roturas, dando giros, rehaciendo encuentros y diálogos en el borde de esa esquina. Algo de mar había en estas calles, cuesta abajo.

Una de tus estrellas en flor a la mitad del cuerpo del verano. Gajos y olores que maduran, aun cuando la lluvia se ha ido. Un barco tuyo en los ojos pardos, encallando, entre las casas vivas y las casas muertas, entre las piedras y el musgo. Una de tus estrellas, un barco nuestro.

Canciones para cantar en los autos

Reencuentros en medio de los tránsitos, entre los cruces y los semáforos que demarcan ciertos territorios de miedo. Reencuentros de nave a nave, a la sombra de este sol encabritado que apenas comienza. Reencuentros, miradas, travesías de oriente a poniente mientras dejas que te rebasa la tarde y sus antenas en las azoteas.

Tardes de sur a norte, largos caminos entre los cruces, bajo los estragos del carnaval y los faros grises, bajo los relojes, las horas, las aceras veloces que un día, cuando la esperanza cantaba, quisieron ser muelles.

Navegaciones, tránsito por sobre una corriente que en un lugar preciso –uno de tantos hoy irreconocibles–, empujaba el esternón de nuestro viaje.

Travesías, lámina de la mañana con su cresta de luz naranja. La luz que cambia a verde permite que volvamos a avanzar sobre el concreto y el polvo, en medio de esas canciones para cantar en los autos. Vidrios alzados, islas borradas por la lluvia, momentos que guardamos para el porvenir, adelfas y bruñidos arbustos en la precariedad de esos parques.

Cabotajes, lentes oscuros, orillas donde las sirenas no cantan. Árboles vagos que te siguen, océanos congestionados, calles que fueron, buganvillas en flor.

Desciendes, y bajo el intenso y azul abovedado la ciudad se parte en dos desde su oscuro tajo. Una mirada te rebasa a estribor levitando sobre las aguas de la amplia avenida.

Julio

Julio sobre un horizonte de casas que la resaca mate de la lluvia ha puesto blancas. La inédita temporada meciéndose en estas curvaturas, cerca de nosotros, desde allá arriba donde las horas tienden fronteras.

Viejas y nuevas palabras se lleva el viento. Están de regreso algunos olores de fuego que se cuelgan del atardecer, algunos olores de monte, de fundición, de árbol enardecido, de horizonte poblado de crestas de humo que se alzan desde el poniente. Allá donde las fronteras y los ojos de la ciudad, donde un afluente de piedras, de historias cotidianas verdes y yermas.

L a temporada más larga

I

Edificios venidos a menos, alturas a dos aguas por donde hasta el aire pasa de largo, paisaje y rumbo. Rejas por donde suben las cizañas, por donde agosto hace florecer diminutas gotas color de luna. Debe ser, en efecto, la temporada de lluvias más larga nunca vista, y la más gris, la infinitamente más gris.

II

Al mediodía, una franja de sol divide la ciudad, esos caminos y calles entre las mercaderías que hoy no sonríen. Una franja de sol divide el tejado en cuyas láminas queda diluida la impronta de tiempos más bullidores.

Al mediodía, la ciudad es un río moviéndose hacia ninguna parte, dándole vuelta a la vuelta, un río encerrado, enloquecido, desde el centro de una plaza.

III

A un lado y otro pasan las nubes bajas, las notas de los autos. Pasa también a cada momento la ciudad que da vuelta a la vuelta y con ella a sus sermones, y a sus aviones.

Diminutas gotas color de luna siguen lloviendo. Una campana de ésas que no se escuchan hace temblar las gárgolas.

*L*a garúa de noviembre

I

Metamorfosis, imágenes de una ciudad vacía. Ni estertor de motores ni musas que deambulen por esas esquinas. Ciudad sin canto, polvorienta, exhausta tras la percusión de las olas que de arriba abajo, a ratos en ráfagas, resbalan por los mosaicos, sobre los patios habitados por el resplandor de una lámpara que alguien se ha llevado.

II

Dibujas caminos sin retorno, claroscuros, señales para atravesar la garúa de noviembre.

Al mediodía colgarás de nuevo a tu pared ese rastro de sueño de algún lienzo. El cuerpo en un verde de absentas irá en el viento, entre sus ráfagas y sus ventanas, entre sus lámparas.

El misterio real que habita en el hombre

Si hay una lucha que termina en lo sagrado es la de “La Pasión según San Mateo”. Pier Paolo Pasolini decía que aun cuando no creía en los milagros, para él, los milagros eran esa explicación inocente e ingenua del misterio real que habita en el hombre.

Leo acerca de nuestro *–Viejo aguafiestas–* cuyas referencias obligadas siempre fueron aquellas capaces de poner en escena aspectos esenciales de la condición humana, bien desde el humor, bien desde el drama. Dejo aquí las palabras del gran poeta contemporáneo, uno de los grandes exponentes del neorrealismo italiano, y para quien la afirmación de lo sagrado es lo que más odia el poder. Él veía ese sentido religioso como algo muy manipulable desde dicho poder:

“Cada vez me siento más escandalizado por la ausencia del sentido de lo sagrado en mis contemporáneos. Yo defiendo lo sagrado porque es la parte del hombre que menos resiste a la profanación del poder (...) Yo no amo el catolicismo como institución, no por ateísmo militante, sino porque mi sentido religioso se ofusca ante él. Mi visión religiosa del mundo prescinde del idealismo cristiano. Me inclino a una contemplación mística del mundo por una veneración y una necesidad irresistible de admirar a los hombres y a las mujeres, a la naturaleza, por reconocer la profundidad allí donde otros sólo descubren la apariencia inanimada y mecánica de las cosas”.

Pier Paolo Pasolini

Señor Marlon Brando

Se lo digo en breve: usted en buena parte es responsable de esta tristeza que a veces me viene, señor Marlon Brando. Usted y eso del viento en su cabello o su mirada clavada en el vaso de licor, aquella forma quieta y blasfema de caminar frente a la mar, que a muchos parecía como la ronda del león por las orillas del abismo.

Usted que no necesitaba la lluvia para hacerle versos a la muerte o a la vida. Esa vida que sobre la cubierta del *Bounty* al fin lo ha abandonado.

Lo recuerdo hoy, a través de esta lluvia impenetrable, sorda, como si hubiese sido ayer apenas cuando nos encontramos –decididos, silenciosos–, con las manos en los bolsillos, en esos cruces de paredes ajadas, entre el cine Colonial, el Plaza, el Encanto.

Usted señor Brando es, en buena parte, responsable de esta tristeza de hoy.

2005

*D*esguarnecidos corazones de esta ciudad sin corazón

A Gerardo Horta

Cielos despejados y el firmamento que desciende a los ojos
de los hombres del alba.

Cielos despejados, calles de hábito, lienzos tricolores,
trasmochados que regresan sobre el ardor del asfalto, entre
esas murallas de soledad que otra vez dejan desguarnecidos
los corazones de esta ciudad sin corazón.

Firmamento de sombras y remolinos que los otros ven como
dichoso cielorraso. Cuartos, habitaciones, mediterráneos,
pacíficos, meditaciones, turnos de amor, esta recámara que
es cualquier recámara. Muros iluminados, murallas romanas,
hoteles universales, altiplano, Mar Caribe, Tristan Tzara,
equinoccio entre un asombro de piedras y luminarias.

Vértigo solar, hierbas maestras. Crímenes sin castigo.

Cisternas, arborescencias, muerte llovediza. Histórico centro
de piedad e ira, y de sacrificio.

Hemos arrojado tus mares a la ceniza del mundo.

Sobre los desguarnecidos corazones de esta ciudad sin
corazón.

II

Cierra sus ojos el laurel apenas pasan los salteadores con sus trajes relucientes, sus labios púrpura, el perfume revoloteando en su abierta jaula al deseo, al desafío. Los salteadores, y a los cuatro vientos el festín de presas.

“Por qué me dejas solo cuando me asuelan los cuernos de caza”.

III

Telón de sueño sobre ti, sobre nosotros; desguarnecidos corazones de esta ciudad sin corazón.
Hombres del musgo del alba, de los pretéritos días por guardar. Plaza de mil ojos ocultos bajo la tierra y las losas.

IV

Colonia Roma

Mirada que nos mira desde el olvido o nada más desde esa ventana de volcanes, de camellones con árboles donde inscribimos el nombre de los que se fueron. Guardemos un silencio por Gerardo Horta, Gerardo del Alba;

“Fallecido en el mes más crudo de la siembra”.

V

Es el alba, Gerardo, translúcida, Medusa de glorieta, de remanso; amor de tus amores, danza del firmamento, eterna libación de raíces. Parque de los Hundidos. Tierra donde descansas entre las locas sirenas de sal, y los ahogados, y los que llegaron a tierra.

VI

Los ebrios soñadores del amanecer y de la media tarde, los heridos de sed y porvenir se están quemando, Gerardo, las ramas de sus cuerpos y los brazos con su antiguo ardor vespéral, sus voces del alba, se están quemando.

L a primavera en lo alto

I

La primavera en lo alto, con su respiración ronca, silbante, siempre agónica. Sus días abiertos, vehementes, sulfurosos, y las noches ahogadas en la nativa ebriedad de la tierra.

Abril, mientras un ascua deambula entre las flores que permanecen ciegas. La inmensa resaca que brota de la piedra e inunda la ciudad.

II

Los días sin noche. Damas y tréboles, diosas decapitadas en el final de fiesta, hidalgos tráfugas, desertores, pasionarios, perros de agua y de fuego, revendedores, accionistas y salteadores, atrios parlantes, claveles en el piso, curas y crupieres, suripantas, servidores públicos, publicistas y poetas, músicos y pintores, ejecutivos, deportistas y partisanos de carnaval.

III

La primavera en lo alto de los tendajones y los mástiles de las carpas, las miradas que sonríen quemando el sueño de la noche anterior, y en un abrir y cerrar de puertas, el sueño de la otra primavera que quisiera darte. Tempranillo, cresta de las espumas en que naces.

Tú eres abril, labios que como un cáncer a la viceversa se me ha quedado en el cuerpo.

Como el viejo Li Po

Deberías salir esta noche, como el viejo Li-Po, a cantar por esos rumbos, a ver la congestión de los deseos, a respirar el aire que circula, y no acaba de agotarse entre las bocas. Darle una vuelta al aire de abril, que es noche y día girando en los alumbrados.

Hay que salir a entonar las coplas, coplas para que despiertes y se duerma la herrumbre. Coplas para los hornos que ululan, para el destiempo y los pájaros, y las semillas que arden de primavera, de edificios y cordillera, de mar y polvo de ciudades, pasto, de archiveros, radios, cocinas donde el desamor se sirve siempre a la misma hora.

Dejaste sobre el escritorio las gotas para las gotas de tus ojos, el celular con el viento de tu voz. Te fuiste a dormir otra vez a destiempo, cuando la mañana de abril salía apenas del horno. Ríos, rayos color naranja, tornasolados, invisibles, sobre los papeles donde escribiste algunas líneas acerca de las estaciones que pasan de largo, y no quedan. Ahora dormirás mientras los pájaros picotean esas semillas en la tierra, su silencio. Mientras, arriba el pasto cegador cubre los surtidores del cielo. Deberías salir esta noche, como el viejo Li-Po.

Una ceniza fina desde lo más alto del amanecer

I

El aire en letargo, aquel rasguño violeta bajo ese nubarrón.
El plomo azul de la mañana.

El viento, las nubes que parecen las mismas de ayer, de hace meses, cruzando la línea del horizonte de oriente a poniente, de recámara en recámara, de pupila en pupila, mientras una ceniza fina cae desde lo más alto del amanecer.

II

Alguien sigue hablando de la lluvia en otros lugares, de calles con paraguas y automóviles. Alguien habla de enfermos que sanarán cuando la primavera, cuando en el aire el viento verdadero, sus molinos de tempestad, de efímeras ciudades.

III

La última alegría de la ciudad va en la hojarasca. Desciende por las calles, se asoma a ese viejo edificio donde leías mis versos cada tarde, asaltada por la luz, en medio de una oficina donde era añil el brillo de tus ojos, y había humo en tus ojos.

Alberca de cristal y de ceniza, trampa de los recuerdos, penúltima alegría de la ciudad.
Leo tu carta tras el resplandor del astro sobre mi casa, y una ceniza fina está cayendo de lo alto del amanecer, mientras me hablas de lugares y de horas, de sitios donde creciste, me hablas de un patio donde todas las tardes veías aparecer las nebulosas como montañas cósmicas, de sal, de leche primigenia.

La última alegría de la ciudad va en la hojarasca. Regresará si regresa un viento verdadero, que nos borre del mapa y nos rehaga de nuevo.

IV

Te escribo estos versos a ti, a donde estés, ahora que el viento hace añicos las brasas, el fragor de las nubes.

Te escribo ahora entre los muertos y los vivos.

Te escribo desde los mil pedazos de mí mismo que he reunido para decir que te amo. Más allá de leguas o de lenguas, de distancias, o penas de la ciudad.

Cuatro para febrero

I

Los colores gélidos que aún le quedan al amanecer, van siendo ocupados por esa tela anaranjada que alumbra como un hacha de mayo, aunque febrero siga allá afuera.

Suben de temple los días en ausencia de energía invernal, y muy pronto quienes celebran estos tránsitos se verán a la mitad de las noches ardientes que disipan el sueño. Pero lo que es hoy, el cielo está vestido de una sola pincelada.

II

El viento ablanda sus armas arrojadizas que se disuelven en las manecillas de esa viejísima máquina que no marca las horas.

Calles donde el aire es el humo de un tabaco negro, tu *Channel* y tu piel y tus cabellos, y claro, tus ojos y tu boca y los latidos, que como un rápido elevador descendían por mi pecho.

III

Pasas manejando tu blanca nave y el fleco se deshilacha en tu frente mientras me saludas tras de la ventanilla. Los docentes abandonan de prisa las escuelas, y las mujeres que dejan solos los comercios, ya pasan frente a ti. Recuerdas entonces aquella Isla, la hierba que crecía en un sabor de noche, de rosa abierta. Y láctea era la vía.

“Las golondrinas no te dejarán dormir en Platres”.

IV

En la tarde crecen las piras, el recuerdo de los difuntos y los deseos que pasan tras los cristales. Alguno de ellos te manda saludos, pero tú no contestas porque estás atento a la

portátil. De todos modos, el atardecer deslumbra con llamas que tabique a tabique ponen el aire de púrpuras. Sombras que en diagonal caen sobre tus ojos, centellas de mayo quemando las piedras, y allá afuera, tus caminos, los encuentros.

V

Luna y sol en el cuarzo de la explanada, por donde emprenderemos el regreso mientras los moluscos empequeñecen, por donde regresamos entre los colores gélidos y el sueño arrebatado. Allí los pájaros, su ramaje de teas, tus ojos donde febrero, el amanecer permanecen.

Atrás de la ventanilla

I

Miras por la ventanilla del avión y la ciudad parece la mancha de un oscuro violín. La geografía de un cuerpo lleno de tatuajes amarillos, por entre los que corren las diminutas venas en donde algo se mueve. Miras, observas la huella de una enorme pisada en el polvo del altiplano, en el casi desierto que muestra algunos lugares verdinegros.

II

Nos hemos despedido con tres besos. El horizonte abajo y arriba está lleno de matices grises y negros, como tu vestido azulado. La nave de mi corazón se precipita entre las nubes percutidas que chocan en sus proas. En el fondo del fondo, allá abajo, están un café y un bar, un parque, una estación, un día en que nos volveremos a ver.

III

Niebla rodante por la autopista circundante de caminos, de moteles que nunca pierden los tonos encendidos, fosfóricos. Niebla, rúas por donde se advierte un ir y venir de autos mudos, de galerías precipitándose en el vuelo de la vista, de recuerdos y anticipaciones que la memoria de veinte caídas transforma de asunto en asunto.

Atrás de la ventanilla las nubes percutidas, y un mirlo, acá abajo, alrededor del cañón de esas chimeneas. Relación de los hechos, inventario siempre equívoco de los regresos, trigo de marzo sobre la agrietada y reseca ciudad donde ahora nadie nos espera. Donde nos volveremos a ver, según estas escrituras.

Inusitadas canciones de marzo

Trazos de la ciudad, partes del corazón de la ciudad dispersos en el aire que hace crecer y decrecer la temperatura, las sístoles, las diástoles.

Repiqueteo de los teléfonos, motores en las calles, hombres en una esquina. Inusitadas canciones de marzo a la mitad de enero, mientras los canes cruzan las calles con su escudo de polvo.

Canto largo en la rama. Luna extraviada en un rincón de la mañana. Aves en la plaza, hombres y mujeres fumándose el penúltimo tabaco, bebiendo el último río de su saliva, las diástoles, las sístoles.

A sotavento

El horizonte en su redoble gris, hasta donde la humedad y los vapores, sobre la calle principal. Ahí, la sordidez de las músicas vuelve a marchar en el tránsito del jueves y un instante sí y otro también, las nubes grandes y planas expelen esta lluvia pertinaz sobre el páramo loco. Mediodía donde un destello de nácar muestra los caminos, el protocolo tenaz de las maquinarias, de los autos que circundan esa plaza, la mirada elusiva y llena de mal tiempo en algunos paisanos.

Como una nube ondean tus cabellos rojizos a la entrada del café. Caminas, asciendes por la escalera bordeando los pronósticos de la alegría que ponen carmesí en tus labios.

Caminas a sotavento, viendo el vaivén de las carpas y las fachadas, lejos de la tormenta, inminente serpiente arriscada que viene sobre la ciudad.

En la ladera del cerro se forma un hongo atómico de lluvia. Las palomas duermen toda esta mañana en que tus cabellos ondean como la más ligera de las nubes, en la entrada de ese café.

A nuestro paso

I

La veías entre el chorro de cenizas en que quedó convertida aquella nube. Ibas recordando la ciudad, de punta a punta los caminos, esas aceras por donde marzo hacía brotar matas labiadas, hierbas clamando en el desierto. De punta a punta sobre los horarios que no daban reposo; lumbre arrojada a nuestro paso. Pero también en las alturas, el trino atado a esa luz lejana, grave, el vendaval detrás del mediodía.

II

Plaza con angelitos de yeso, y absortos y absolutos niños. Vereda ancha donde caben el desprecio, la vanagloria, las fuentes saltarinas y un amor tarareando burlerías. Para nuestro corazón de ventanas y ventisca, de ventas y vendajes, de lumbre y adelfas, el arpa del agua era un adagio.

Dos estampas de verano

Te das dos minutos de optimismo para alcanzar a ver que en esa calle reverberan las malvas, amamantadas por el soplido oceánico que acaba de estar entre nosotros, que ya se va. Temporada convulsa, bronca, devoradora.

Ahora brilla la ciudad, y los autos pasan llevados por navegaciones dulces. Esta tarde, que oculta sus oráculos. Miras hacia el punto donde las aguas volvieron. El estruendo de los cielos es un león ahogándose en la tarde.

Los sueños abiertos de capa

I

Siguen abiertos los horarios festivos, el túnel para andar en el caudal del mediodía a la noche, así los saldos no sean tan favorables. Abiertas las arcas, los hornos en el paso de las cinco de la tarde, los vendavales del alto cielo que han tiznado las nubes, apenas ayer recién lavadas.

Abiertos los verdes y las veredas, a siniestra y a diestra sobre el aire tejido por olas breves, por donde los cristales como barcas, como ágatas, mostrando los caminos, sobre la hierba menuda y tupida, ayer devorada por abril.

Y otra vez allí el sol haciendo crecer los muérdagos, y luego el cuarto color del espectro, y la sed inclemente, y el horno que continúa en las cinco de la tarde.

La primavera para largo, con sus gargantas y polvaredas que por un instante cubren toda senda. De par en par las tabernas, la rebatinga, los sueños empecinados que se abren de capa, el recreo, los humanismos recalentados, el turismo bárbaro.

Despiertas las explanadas, los andadores, las ollas de Egipto, el estupor, los devaneos, la desgracia y la gracia, la mácula de las horas, la hora de primavera, la hora pico, la hora oficial, la hora menguada, la hora de la verdad, la hora suprema, las deshoras.

Abiertos los sueños hasta que claudiquen los horarios, por donde el río es un espejo roto y el atardecer, Venus y Júpiter, y los tabacos rubios.

Sólo al final del día estarás a salvo, cuando el *drip drop* de las aguas se escuche allá afuera y un silencio de pájaros, de metales y pasadizos, anuncie que el plasma de la medianoche se ha vaciado. Entonces la ciudad, allá afuera, estará presa otra vez en su llanura.

L a tierra más verde que el río

Aceras por donde el sur y el norte nos llevan todavía bajo el rostro de cielos perdidos. Arenas de otros tiempos, tangos de transcurrir y quedarse, troncos decapitados, paradas de autobuses. Está el aliento de marzo sudando a chorros de alcohol, de aire rasgado, de cristales oscuros. El mes más cruel, sin duda. Los cielos amarillos, la tierra más verde que el río. Abril en el cauce amurallado, abril próximo pasado, jamás abril.

Escribo una carta mientras el día sigue prendiendo fuegos allá afuera, mientras duermes las once y tantos y no te quemas, y llevas los sueños prendidos a la boca. Me gustas cuando callas y la ciudad marcha sin ti, sin sombras caminando frente a esa pared de dolores metafísicos.

Digo que no moriremos un jueves como es hoy, ni mañana cuando las lilas de la tierra muerta. Te escribo sentado a las orillas del bar de un tren, a las orillas de una playa donde a mi paso caminan los cangrejos y las estrellas de mar. Escribo desde el último guijarro, y el último cigarro y el último verano. Te escribo desde una terraza donde la luz clarea, y escribo dentro de un avión, o recargado en un balaustre de abril mientras discurre el río que te regalo hoy.

Escribo queriendo detener la onda que me lleva, que te regalo, aun cuando éste no sea el Támesis, ni el Vístula, ni el Ródano, o el Bravo o el Usumacinta, ni siquiera el río de mi infancia, ni sean éstas las aguas ardorosas bajo el puente de Triana.

Te escribo desde una ciudad del altiplano por donde el sur y el norte son ya horizontes perdidos, y un arroyo discurre en sus arenas, cantando un tango de volver y otro de no volver.

Las nubes hacia el Este

I

A partir de estos días el sol comenzará a levantarse después de nosotros, al tiempo que la tibieza de las calles da paso a las ráfagas que anuncian el otoño. A la vuelta, un equinoccio de segundas hierbas, la ciudad y sus años, como agua entre los dedos.

II

Ese ojo de huracán; viento que llega desde Cabo Verde. No sé si estoy aquí en jueves y a esta hora, en casa, fumando y en espera de que cese la tormenta.

Detengo el muro de los patios para que no caiga.
Saldré mañana a la ciudad y haré del camino, camino transitable, bajo los cielos empedrados.

III

Ella parte todas las mañanas pasaditas las nueve, mientras el esmog se va disipando y los grises purísimos y altos lo devoran todo, paisajes, restos del día, pasos de mujeres, autos infinitamente negros, caminos que se llaman Primo Verdad, Zaragoza, Madero, Morelos, Moctezuma, Carranza, Herrán, M. Ponce.

Pasadas las nueve vas entre caminos que se pegan a la piel como un vestido, como esa canción *innombrada*, esa mirada con que a veces me das un hasta luego.

IV

Te llamaré al rato cuando las nubes vayan hacia el Este, y ya el rostro del mundo sea el rostro de la lluvia, y lluvia la ciudad, de ciudad en ciudad.

Te llamaré cuando madure la hora de septiembre y se pueda decir que las flores están abriendo sus flores, y nosotros nuestros muérdagos. Cuando el aire sea flecha o girasol en la ventana, hacia allá donde la brisa es la hendidura verde de tu boca.

Estoy queriendo decir que el día es como ese viaje que es el fracaso de un viaje, y siempre un nuevo punto de partida. Un vendedor abajo vende su himno de nostalgia y ruina, y de futuro.

-Yo también algún día al sol le cantaré-.

Sobre esa acera de hojas anchas

I

Alguien regresa por la acera de sombra, por un extraño camino sobre hojas anchas y largas, arrugadas, tendidas sobre la tierra. Restos del verano que no alcanzó a quemar esa luz termonuclear; el astro sol encabritado que resurge allá arriba.

II

Los fuegos del cielo; binarias, fugaces, supernovas. Y una ciudad conduce a otra como un recuerdo a otro. Van las carriolas y los hombres de barba crecida por entre el octubre ajado y el paisaje al fondo, donde arde la montaña en su corazón de caracol, de otoño, de piedras y robles, de pasadas las siete.

III

Alguien camina y una ciudad conduce a otra. Salones donde el humo teje sus redes, oficinas verdes, grises y azules, elevadores y antesalas donde se leen las rojas noticias que sobresaltarán mañana estas calles. La ciudad que conduce a otra, el sol que se duerme en un espejo.

Esas calles que a ratos se quedan sin nombre, sin nosotros, sin calle, tendidas sobre una tierra de hojas anchas.

En esta misma época del año

I

Minutos con agua de diciembre en el aire que tunde la maleza. Agua del aire. De vuelta estamos en esta época del año, entre estaciones y transiciones, números rojos, calendarios que acaban y que quizá de nuevo nos esperan.

II

Estamos de vuelta, y en esta época justo cuando algunos –allá afuera–, inauguran la temporada de la buena voluntad. Estación de colores desecados, de ríos y almas perdidas entre los escaparates. Mañana quizá las grandes nieves y los fuegos enormes.

Minutos con agua de diciembre, ribera de los días asaltados por la escarcha, por la deriva del camino, seco, mañanero, sin azur ni terrazas.

III

Se recarga en el muro y arregla su zapato. Los almacenes abren y cierran y tú anotas todo lo que ves, sin importar que mientras apenas dices martes, tu cigarrillo se apaga, y todos los teléfonos del mundo levantan el luto. Se recarga en el muro, la miras a través de aire que tunde la maleza.

O ctubre y cigarrillos, y cuadros sin colgar

I

Vientos de norte a sur por encima de las ramas, y las arrugas de esa sombra que inventa los verdes y hace del tiempo septiembre puro.

La hora de almorzar, de abrazar, de decir buenos días, de preguntarte sobre el destino del suéter que hace un año vivía en tu ropero. Hora de desembocar sobre inclemencias pasadas por glaciación, por desbordadas habitaciones de “no molestar”, por guerras y semáforos, y narcotráfico, por octubre y cigarrillos, y cuadros sin colgar.

II

Te recuerdo mientras la colosal montaña duerme y las aguas discurren convertidas para siempre en instante y mediodía.

Pienso en ti asomándome sobre las laderas de la Gran Muralla China, bajo las cuales discurre el gran Yangtsé, amarillo como tus ojos; esas dos lunas en la noche de octubre. Pienso, te recuerdo desde la ciudad más austral del planeta, de donde me trajiste una taza para el café que nunca se enfría.

Te recuerdo, ahora mismo estoy llorando por ti a orillas del Guadalquivir, y en las márgenes del antiguo San Pedro, río padre donde bautizamos nuestro primer amor.

Año bailado

I

Hora de recuentos, de mirar atrás pero no tanto, porque en el camino por seguir, los desafíos se hacen grandes. Días de balance para aquellos que quieran asomarse, y ver y sentir.

Año huracanado, año de carnes flacas en el calmo del páramo que esta mañana está de nubes muy bajas. Rancia estación en el odre donde caben amor, miserias, deseos, y la última rama aún con brizna del canto, entre el curvo paisaje de la calle donde vivías.

Año de cataclismos, de institutos e iglesias, y cámaras, y barcos y aviones que hace unas horas soñabas, en el segundo tercio. Año de victorias en los pendones, de calles remozadas donde las colegialas pasean su tieso corazón sobre el recuerdo venéreo y sublime que enciende los minutos de la mañana.

Año de los suicidas y de los cuerpos que en dos cuerdas sostienen su vigilia. Año de cataclismos, y madrugadas naciendo en una estación de troncos rotos y blancos, la madrugada. Rancia estación en el odre.

Año bebido y raído. Año último modelo, amor de último modelo, odio al último grito, muerte desnuda parando un taxi que atraviesa la helada de las 7:30. Muerte sin horas dando un discurso a las tribus que allí están, luciendo sus colores.

Año tirado bajo un poste. Año estacionado en doble fila, bajo las nubes muy bajas, y los ríos *-ellos no existen-*, y los desagües, flotando entre los cauces. Sangre de diciembre, aire que todo arrastra. Año rastrero, año sin rastro.

II

Aquí lo escribo; año amoroso besándonos desde todos los labios, en todos los andenes y en todos los *trafalgares*. Sobre todo en esa oficina por donde se puede volar y planear periplos sin retorno, o en la acera de los abrazos, y por supuesto, en el arte del reencuentro.

“Que venga el colibrí/que venga el gavilán/que vengan los restos del horizonte/que venga el cinocéfalo/que venga el loto portador del mundo/que venga de los delfines una insurrección perlífera/rompiendo la concha del mar...”

Aimé Césaire/Cuaderno de un retorno al país natal

2006

*L*una de dos esquinas

I

Luna de dos esquinas, hoja rodando en tus ojos que siguen abiertos. La madrugada con ondas frías entre la niebla y la calle, donde se dejan ver todavía los astros ámbar, blancos como tango de luna. Entre los grandes postes del alumbrado, y en el espejo de estas charcas.

Luna, hoja que rueda en esta terraza, desde la madrugada hacia las calles y bocacalles, entre las rúas y los tránsitos; desnudando los árboles, aquellas ventanas, el viento de febrero reverente y tibio. Luna bajo las jacarandas, y en los sepulcros cuyo violáceo corazón vence al brumario.

Boca de orfandad, de prodigio, de fuente. Fuente que ardía de noche.

Hay una historia oscura bajo la tea de los semáforos, en los bulevares y en las bancas públicas donde escribíamos en nuestras libretas de penumbra.

La marejada y el amanecer, la ceguera y la incandescencia, ese geranio en las venas. Luna, charco, tormenta de la luz en

tu cabello. Trigo del invierno, luna de dos esquinas. Hoja que rueda.

II

Arena esculpida bajo las vides, luna de la tarde devorando los aviones y el retazo de aurora que se escondía. Luna, descenso por los andenes de febrero, buceo bajo la marejada de tus ojos. Tango de dos esquinas, boca de orfandad, calor de bulevares, fuente que arde de noche.

El avión más gris del aire

I

Una a una este desierto cierra sus ventanas, pero todavía una mujer atrás del aterido ventanal nos ve pasar desde sus ojos de parque vacío.

Es miércoles, y un río de hormigas y un verano vehemente forman con sus voces una canción de adelfas.

Uno a uno esta ciudad cierra sus ojos y sus faros. El haz de alguna estrella y un semáforo de músicas buscan lugar en la mirada, sobre la sombra abandonada, en esa esquina.

II

Duermen los años, los meses, los atrios, los atriles, la espuma en la cerveza, y en las islas y en las calles, en los cines, en los moteles, en el rosal de los cuerpos vuelto sueño, un río de hormigas grises, duerme y sueña.

III

En esta sala de fumadores desolados, vive ese instante en que la tarde desanuda su llanto por toda la ciudad. Esta ciudad de nadie, pero que fue tuya y mía y de nosotros.

Sólo por hoy, ciudad, he dejado al mundo afuera de la casa. Ese mundo, ciudad, con laureles que son nubes, peñascos derrumbándose en la plaza.

IV

Pasan besándose dos que caminan bajo este balcón, mientras la sinfonía de la tarde la dan un autobús y una ambulancia, también el avión más gris del aire.

V

Nos ve pasar de reajo el maniquí en traje rojo de bañar, y aquel muchacho de *frac*, y la muñeca pelirroja en negra lencería; aquel David que correrá por el almacén apenas nos vayamos. Nos ven pasar los perros entumidos, el tuerto anuncio de un hotel, el polvo lejano de un encuentro a las once de la noche. Nos ve pasar la lluvia de ayer, y según el verso, el aterido ventanal, el parque vacío y otra vez el río de hormigas.

Cenicienta del sueño; ¿dónde la calle que me llevaba hasta tu puerta?

VI

Abajo la nostalgia, dices, y ves cómo se borran las huellas, como de tanto naufragio crece el fuego adentro de los autos, en medio de las medias y a la mitad de una estrella que hoy no sale.

El fuego que es oscuro y verde y telaraña; será esta noche caracol de todos los amores.

Alguien muy cerca de su silencio

Algún vecino debe haber abandonado sus sueños, y quizá, hasta caído en depresión de ésas de soledad sobre soledad, de soledad de cinco paredes, y es que hace días que desde algún punto del rumbo –apenas pasaditas las 18:00–, surge un vendaval que estremece el sueño, y uno piensa que es el momento en que las hormigas salen a devorar el mundo, la noche, esta ciudad derruida.

Algún vecino o vecina que ha abandonado sus sueños, que ha abandonado los sueños de los otros, que se ha puesto en primera fila en esos sillones de la tristeza. Alguien en auténtica desgracia, de casa o de puertas, de ojos muy pardos o muy verdes o muy azules o muy negros. Alguien que en el prado de las estrellas se quedó sin su estrella.

Alguien aquí cerca, mirando la madre selva o la escabrosa caída del atardecer. Alguien tocándose en el corazón su silencio de pájaro, de soledad de todos los cielos, de desamparo y azoteas. Alguien aquí cerca, en primera fila.

El Llano, la casa

I

De regreso por los caminos de El Llano piensas que en uno de esos cruces debe estar el camino de Orán, la ruta de los autobuses raídos, de las deshoras y el polvo, infinitamente polvo. De regreso, un oasis de mezquites, de cardos y ruedas amarillas se convierten en el corazón de una estación que nadie sabe si llega o va de vuelta.

Trenes de la memoria. Casa del tiempo. Sueño de las carreteras.

Miras atrás; El Llano de flores blancas y olorosas en espiga, el tordo aliverde, el espejismo. Arriba, el cielo sin ornatos, todavía caliente y añil. Miras la extensión arenosa, los insectos jadeantes. La petrificada isla del sol en un reflejo. Marina arena, el espejismo, estás mirando, la tierra que respira como de los labios de una mujer.

II

Ya asoma la ciudad, enjambre de cristales, más soledad que lumbre. Aire sin rostro, casi sin aire.

III

He barrido de cabo a cabo la vieja casa. Está reluciente con esas viejas fotografías colgadas a su piel, con esas llaves colgadas a su mariposa de hojalata. A ratos incluso sonrío otra vez con patios y miradas.

Febrero

I

Ya ni a cabañuelas llegamos pero las convulsiones
no acaban, y una tarde en las agonías de febrero llega la lluvia. Se
desfondó el horizonte sobre las guarniciones de asfalto,
sobre la media tarde y las llamas que aún resistían en tus
ojos, en una brizna de ese árbol. Se desfondó sobre la ciudad
desfondada.

II

Tras de la luna creciente ves el planeta Mercurio –el esquivo–,
que se asoma a ver la “Tierra llena”. Luego a la izquierda,
Venus –la conspicua–, desde donde dicen que a partir de esta
noche se observará el paso de largas cabelleras en el cometa
cuya vida es un puño de nervios.

III

La luna busca su cenit sobre las aguas marinas. Nada se
mueve entre esos árboles y el viento. Tú miras el paso de las
aves emborronando el firmamento. Se desfonda la ciudad
por tu ausencia y mi corazón está de una tristeza polar,
bárbara y tundida de silencio y de preguntas.
Miro arriba las constelaciones, y allí la Osa Mayor sobre los
nortes helados, Virgo, Orión, sus llamas que aún resisten.

Un litoral de hoteles y de parques

Brincan por los alambres del cielo, sobre la arena blanca en la azotea. Se posan y reposan y se acercan, pluma a pluma, mientras el astro implacable sigue de retirada y los aviones han dejado de surcar estas aguas, campo de trinos y motores. Algunas tardes, mientras las naves están en sus hangares, en sus puertos, ancladas a otros sueños; y una ciudad de la memoria abre su litoral de hoteles y de parques; atrás de atardeceres y de vuelos.

Brincan los pájaros, y en la gravedad del aire hay un sabor de manzanas y de labios mudos que se inventan un verano, una boca, una playa, sobre la arena blanca, y una ciudad de la memoria.

El perfume en el aire

I

Transitas el mediodía que parece forjado de marzo puro. Andas por el mundo como por una ciudad donde los vestidos huelen a lana más que a hojarasca. Horas para subir y bajar entre las peñas de ese montón de papeles que duermen en el escritorio.

Es mediodía hasta que el telefonazo llama otra vez a salir a las calles. Faenas bajo este techo de nubes y de vapores, con alas llenas de barro, o bajo los puentes replegados que en algún lugar retienen una orilla del amanecer, un pedazo de esquina entre baldosas y cielos sin fondo, sin cielo, sin marzo.

Es mediodía a la una, con ráfagas y subterfugios en el envés de esos vestidos que cruzan los barandales. Minuto único arrancado a las flores de otoño. El perfume gratuito en el aire.

El perfume que te sigue y, en la primera oportunidad, se cuele en tu nariz y en tu camisa; perfume que viaja contigo de los calcetines a la frente, mientras buscas refugio bajo un pórtico de piedra.

Ese olor en el pasillo, en las galerías, en la mesa donde se venden boletos a París mientras la música de fondo recorre con *Le Dernier tango*, el salón. Ese perfume en los mosaicos arrancados de una profunda herida en la tierra, aunque ahora eso no importe.

Te sacudes los lastres y te sientas. Recuerdas entonces que es otoño y de ninguna manera puedes confiarte. Café y un vaso de agua sin hielo. Afuera se queda el sol con sus rayos canosos y broncos, con su estrépito de helios y encontronazos, con su “soledad en llamas”.

II

Recuerdas que es otoño mientras regresas sobre la acera sur desde donde se erigen enormes cristales y barcas van y vienen, por donde esa amazona de pasta beige y sombrero tirolés te mira desde el estante. Por donde las alfombras lavan su sangre, la leche de sus noches estivales, sus lágrimas. Justo en la puerta del jueves donde un letrero de “todo en oferta” yace descuartizado bajo el sol.

Camina esta isla de enormes cristales, la orilla de pedregal y esa avenida de neones sin rutas. Ve por la acera de todos los viajes, entre el cañaveral y la memoria, y las mujeres en flor, y en sombra, y el perfume en el aire.

El río bermejo

El horizonte. Este desierto bajo el sol que algún día nos devorará, pero que hoy tan sólo se va ahogando en la fotografía de la tarde. La tarde que unos momentos se queda suspendida y vuela sobre la enramada que no necesita primavera para ser, o invierno para morir.

El horizonte. Abril, cuando la tarde se detiene frente a esa rueda de la fortuna que algunos levantan a la mitad del estío. Cerros y pájaros volando en el aire, perfume de hierro y de gardenias.

Laminas de cartón volando sobre el vuelo. Hasta que vuelven a ser nubes, sobre el río bermejo que recomienza en tus ojos.

Un mar de espumas y un mar de hormigas

Se va la marejada de nubes. Queda el olor venenoso de la adelfa, y esos inmensos hoyos en el horizonte de cirros. Queda ese parque redondo y otoñal frente a la habitación sin huéspedes.

Quedan las torres de nichos y ojos celestes que nunca se equivocan, y cuya mirada no es. Quedan sus gárgolas, las almas carcomidas y verdes de su piedra. Queda la tarde que es ciega, aunque sembrada de regresos, de semáforos mustios engañando a la lluvia.

La tarde y la ciudad entre autos y radios y televisores y el sueño viscoso que cuelga en la piel de estos instantes. Desde lo alto contemplas la ciudad que es un ir y venir de espumas, un mar de hormigas.

Por más que rueda abril

Te pierdes espantando el sueño en cada lado de la cama, en cada lado de la esquina. Sales al día frente a camiones de mudanza que agitan el polvo de las casas, y llevan roperos y vestidos, fotos y sillas y sillones, y primavera, y ventanas abiertas y cerradas.

Te pierdes en la nomenclatura, aunque en todo cruce diga “abril”, en toda puerta *abril*, en cada renglón del aire, en cada ausencia, en cada pájaro de cristal, en cada rejón del mediodía.

Te pierdes en tus palabras, en cien heridas y cien levantamientos, en cien sueños y en cien olvidos, y otra vez en sueños rojos y dorados.

Te pierdes entre plazas y hospitales, por más que rueda abril sobre las venas, sobre la aorta y la cava y la cardiaca, y la cefálica y la femoral, sobre la leónica, la coronaria y la safena.

Te pierdes por donde la acera vuelve a ser muelle y el mar oleaje roto, y la estrella, estrella rota, por ese extravío donde el rumor de la ciudad se parte en dos corrientes.

Prende tu cigarrillo y fuma sentado en una banca pública; deja que sigan llorando las estatuas, el yeso, la alegría. Deja que el sueño toque fondo, y las mudanzas. Ahora que la aurora está partiendo con todos sus pañuelos.

Radios que cantan canciones de amores rotos

I

La mañana es de altas antenas hacia el oriente donde comienza el impasible de estos cielos. Una mañana creciente de tránsito de autos, de radios crepitantes por las calles. Radios que cantan canciones de amores rotos.

II

Cielos despejados por donde el frente de fríos deshace los últimos espejos del agua, y en ese impasible, ni resplandor ni lluvia. Los árboles siguen dormidos al mediodía que acelera la combustión sobre nosotros, mientras alguien pasa y te dice “adiós” o “buenos días” o “luego nos llamamos”.

III

La mañana, y la ciudad sobre la escama que va desprendiendo el lodazal bajo el sol. Ciudad dolida, ciudad en reparación: ¿dónde está el vals sin fin por el planeta?

IV

Están allí, en la justa luz, en el exilio de su marco de madera. En blanco y negro, mi padre fumando, mi madre con la sonrisa desembarcando de sus ojos.

Lluvia de mayo

Llegó también con “un murmullo lento”, como en el poema de Lugones, y entradito, lo que se llama el véspero ocupó la ciudad entera.

Será por lo menos un fin de semana en que las hojas de estos agobiados árboles se volverán a poner algo glaucas, luego de tantas semanas polvorientas y asoleadas. Habrá que darse una vuelta por allí y otra por allá, pero sin andar como yendo de “A” a “B” y luego a “C”, sino tan sólo deambulando por los andadores llenos de miradas que se asoman a los penúltimos júbilos y desafíos de la feria.

Un rato olvidaremos las muchas jornadas pedregosas, los tantos asuntos farragosos, groseros, prosaicos. Por algunas horas habrá que sacudirse esos pensamientos sobre el aturdimiento social que nos golpea. Que las calamidades, la maledicencia, el estupor, se ahoguen en las aguas de mayo.

“Dejemos a los troyanos, que sus males no los vimos, ni sus glorias...” .

Jorge Manrique. *Coplas a la muerte de mi padre*

Café con lluvia

I

El paisaje de la ciudad arde de grises porque es jueves; porque la mañana zumba en el corazón de las once, porque tras de ese paisaje emergen inmensos caminos que se abren y nos ignoran; sí, caminos son éstos.

II

La infusión revienta de olores y augurios, más fuertes aún que el olor de la lluvia
Está listo el café, la longitud del desueño. Café Coatepec, de Colombia, vienés, irlandés, descafeinado, expreso, lombardo, cortado, cantante, a la turca, mientras las aguas siguen en su danza e inundan las aceras.

III

Laten en el corazón de las once; el río que no existe más, tu risa de ayer, el violín que toca un amor brujo, la diáspora de mis velices.
Arden a lo lejos esos caminos que se burlan del caminante. Estas aceras, esta lluvia de residuos y memoria, de cauces y de causas, de albañales y esquina; yedra donde se agolpa la revuelta del aguacero, quebrado hasta las lágrimas.

Agua, marea

Agua, marea, agua ácida, agua blanca, agua bendita y cruda, agua de cepas, agua de fondo, agua ardiente, agua gorda, agua lustral, residual, de nieve, roja, agua de lágrima; salina siempre. Aguasol, aguamiel, aguafuerte. Llanto de la ciudad que un instante cesa para caminar sobre sus propias aguas.

Dos de muertos

I

Llevan el pan aún caliente por estas calles que no son naturaleza muerta sino naturaleza suspendida por estas calles que son también *Allegro con Spirito*. mientras dos perros que se ladran despiertan la mañana.

II

Llevan el pan en canastas a su entierro, como los toros a las plazas. Y están las buganvilias derribadas sobre el día dos de noviembre, sobre el 3 y el 4 y el 24.
Camina el otoño sobre el mundo y aunque es de mañana en algunos árboles el canto es ya crepúsculo.
Está de polvo el mediodía, de flores y de cartas.

*L*a lluvia en los bares

Llueve otra vez sobre la ciudad que abre sus bares turbios, sus pensiones atestadas de respiraciones de hollín y de naufragos. Llueve y un cenizote pasea su sombra por el cristal en que escribes.

Vas por la calle que se despeña hacia el sur, por la que se hace pequeña apenas el cielo se pone cenagoso, pasas detrás de una armazón donde bulle una gran jaula de tórtolas. Tu corazón se abre como ese bar a la media tarde donde todos lloran.

Se levanta la ciudad

I

Se levanta la ciudad. Enciende uno a uno sus faroles, sus calles encharcadas, sus almas muertas, la dura viveza de sus días, sus ternuras, las abre, como un patio de siemprevivas. Pira de luz para apagar el llanto.

II

La hoja en blanco. El papel colmado de células muertas y nacientes, de ácaros y perfumes cautivos en su luz. Archipiélago de lunas volcadas. Sonata de agua y de madera.

III

Desayunas silencio, y un jugo de lluvia y amatistas. Estaban allí el barco, las palabras, la orilla del océano, el alumbrado, como a la vuelta de una esquina, de todas las esquinas donde la ciudad se levanta y enciende uno a una sus nombres, su palabra.

IV

Dardo del bosque: “Las musas se han marchado” en una concha de mar, sobre un jirón de retamas, hacia las islas, de donde ahora llega el canto. Se han marchado.

V

Marina noche del tiempo hecha añicos. Girasol de los labios. Girasangre. Ciudad dormida, ciudad página, ciudad sed, ola del mundo a la que hay que darle vuelta.

VI

Para esta noche colgaré tus fotos en mi casa, con tu mirada haré agujeros de luz y vida en todas partes.

VII

Toma la lira de esas quillas, Canto; haz con la arcilla del ahogado de nuevo mi cuerpo. Molino de la vida. Sonata del agua y la piedra, que se abra por fin esa ventana.

2007

El río

I

Es el río que va otra vez lleno de astillas. Un río y una calle con sudores y polvo y allí zarcos naufragios de diminutos países en que tú pensabas. Es un río de voces en alto, desbordado, transparente corriendo abajo.

Papeles y río que pasan pudriéndose como el corazón de esas frutas. Aire de marzo hace crecer el pasto, y que al pie del muro se sienten de nuevo las parejas

II

No el río de Toledo ni el río de Pessoa.
Es un río que no existe. Nuestro río.

El aire hace figuras con el humo

Uno camina entre ese aroma de ladrillos recién pegados, de ladrillos pegados para siempre a su destino de muro.

Uno anda sobre y bajo esos escenarios. Los cielos cuadriculados por las estructuras que encenderán sus mil dedos, en unas horas.

Uno anda entre piedras que gritan el nombre de abril, que huelen a abril en la rosa del viento. Uno anda entre explanadas abiertas, bajo ese sol de pasadas las siete que es más jueves que nunca. Y uno está sin estar, sin estallar, sin llorar. Sin sombrero ni sonrisa, ni túmulo o señal, ni piedra negra sobre piedra blanca.

Uno se mete a casa, desanda, se estaciona, prende un cigarrillo y el viento que se cuele hace figuras con el humo. Uno se dice: “Lloraré mejor un día que no tenga ganas de llorar”.

Uno se queda en casa porque en el deslumbrado cuerpo de un cenicero hay mariposas de noche y de ceniza, y hay ferrocarriles de tumultuosa soledad y barcos, que otra vez, “se han ido sin llevarnos”.

Borrador de un tango para abril

I

Miras las calles, esos párpados que van en la corriente, sobre la huella o la orilla de una estación sin descanso. Miras las piedras tiradas al estanque –siempre las piedras–.

Tango en las calles detrás del remolino, neón encendido que el crepúsculo ahora deshace y reconstruye. Estrella austral –zamba de mi esperanza–, así tu mirada creciendo en el abril lejano de la lluvia

II

Llevo mi corazón a las esquinas, y hay rutas, y esperas, y un crepúsculo de oros y de perros grises, y glorietas, y de gatos enamorados y morados, y remolinos de viento y barro, y rojas señales y dudas, y reencuentros. Miro tras de esa reja verde tus ojos que eran corriente meciendo los juncos en la orilla.

III

En el azogue de mi tiempo vive tu mirada, arrebol de estas calles.

Volverás a la ciudad para mirar del fondo de los días y las noches. Aquella tarde –por ejemplo–, en que llevabas lentes oscuros y vestido oscuro, y un andar de muchacha al punto, por las veredas de aquellas oficinas.

El oleaje, los toros iracundos

I

El mar y aquel sol de la bahía, y este sol de hoy apresado en sus lidias y jadeos. Lámina de agua, oleaje que iba y venía sin desgastarse.

II

Con extrañeza te mira una mirada que ha quedado sobre el agua de ese espejo. Sólo entonces recuerdas el oleaje, los toros iracundos e inmensos de Neptuno fundidos con el mar, bajo un sol termonuclear y quebradizo. Te mira una mirada, aunque tú no la veas. Estás en un cabina telefónica, en esta esquina rota del océano Atlántico.

A cierta hora

El sol dorando las cañas, la epidermis de estas calles color ciprés y marrón. Y luego, la noche ardiente entre andenes y preparativos; fervores de la tierra y del éter que suben y bajan en el cuarto creciente, si uno anda por estas calles y el tráfigo nos lleva por aceras insoladas, insondables, inconsolables, a cierta hora.

Sol con aullidos y fierros cavando el socavón, los escenarios, la tierra. Sobre esa plaza por donde corrían los licores del día y de la noche, las hachas despedazadas, los entretelones del espanto y la desmesurada alegría de una ventana.

El día incendiario y la noche ardiente sobre la ciudad, en las acequias iluminadas, en el sueño de una mujer de sal.

Las flamas de la luna

I

Pasan a mansalva las nubes, lerdas y cargadas de maduras,
dejando que los azules se ensanchen de punta a punta.

Los tonos demacrados del otoño se instalan allí arriba,
mientras las sentinas de la ciudad se acaban de orear bajo los
rayos que han secado todas las gotas.
No hay más lágrimas sobre el páramo, si acaso unas cuantas
en esas flores axilares cuyo blancor se pudre.

II

Pasan de prisa diáconos y subdiáconos por la calle principal,
pasan con vida y milagros a cuestras, entre los que subsisten
de milagro y los que mueren sin milagro.

III

Los callejones se inundan del aire de la avenida, el
ordenador de rojos corazones, las azoteas de planos
innumerables, de cegadores blancos sobre el alucinado
silencio de una campana.

IV

En los fondos del día persiste algo de nosotros que en la
tenacidad de algún viernes nos inventamos una sonrisa para
dejar en los salones, en los bares atestados de miradas
sedientas. En los bares a donde llega puntual cada noche un
hambre de lenguas y de hormigas, de paladares con sabor a
tintura labial, a besos recobrados y besos perdidos, a flamas
de la luna.

V

Bajo los escalones, sillas despatarradas, telarañas, humedad, diarios, papeles que ha arrugado la travesía de septiembre.

Bajo los escalones los violines en oleadas que suben y bajan por el aire reseco. Música del día y de la noche, colmada de una lágrima que llegó hasta aquí desde la calle principal, apenas abrimos la casa.

Atrás de anuncios y antenas

Ves la ciudad que sigue despertando, pero sabes que no basta despertar ni que Vivaldi desparrame sus primaveras desde la bocina. Ves la ciudad que es hoguera, andenes, playa, acera aplomada en el tiempo. El tiempo.

Alguien más falta en esta ciudad a partir de hoy y nosotros seguimos. Porque hay que seguir y allá afuera estarán carreteras y habitaciones, tareas inacabadas o viajes recomenzando, islas, aeropuertos, cementerios, escritorios y sillas, tabernas, distancias que el amor suele burlar –a veces–, y puentes y más puentes.

Alguien falta y la tarde se tumba, rueda como un cigarrillo entre anuncios y edificios y antenas, detrás de una nube de pájaros aciagos y rojos.

Se van y nos quedamos, salimos y ellos entran, nos dicen adiós y siguen con nosotros, están siempre en el muelle, pero no están. Alzan la mano y nos miran, los miramos y se esfuman en una ola del desierto, como si de una silla de esta mesa, mientras afuera pasa el *bus* escolar que pasea a los ciegos por las tardes.

Llegará si lo dices, si alguien lo repite, el día en que un solo trino devuelva a la luz su forma de árbol.

El corazón de las casas

I

Cielos con barruntos de oscuro en donde permanecen dos o tres inmensos caminos azules. Por donde una parvada de cuerpos jóvenes vuela contra el oriente, y su vuelo va rayando las azoteas, las ramas que este año han tardado en ponerse verdes.

II

Quizá ahora tus ojos miren también hacia donde los míos, que no saben si estamos en marzo o en enero. Quizá también tu mirada en ese horizonte de luces que comienzan por donde el río dividía la ciudad, por donde en cada una de aquellas fronteras agonizaba un árbol de agua.

Tardes y días de cal y canto, de silbatos que conmovían el corazón de las casas.

Tardes de lúpulo dormido en los vasos, de adelfas aún encendidas, bajo la tormenta.

No hay liras esta mañana

I

No hay liras despiertas esta mañana, salvo la lluvia pertinaz, la de año con año desde que el mundo y estas semanas tienen memoria. Sólo esta lluvia sin olores. La interminable distancia donde la ola gris, el horizonte, la hierba, la ciudad, ni acaban de morir ni comienzan a nacer. Ciudad sin liras.

II

Músicas, sin embargo, cuando amanece y una mujer todavía lleva una brizna del sueño.
Tiempo resbaladizo, luminosa edad de los hospitales que ululan en la enorme distancia; “maquinarias que nunca descansan”.

No hay liras esta mañana.

Sobre los ríos

Un río es una palabra lanzada a la corriente de Heráclito de Pessoa, de Perse, de Manrique, de Elliot, de Borges, de Onetti, de Pacheco.

Un río es esa sombra que permanece, la vehemencia de la corriente que se lanza sobre la hoja para igual agitar, como el suicida o el bañista, las aguas de este verano.

Un río es el puente derruido, la nube que no se quiere despintar de sus aguas aunque anochezca. Aquella sombra tuya que no será jamás la misma sombra.

Un río, nuestras palabras que se lleva la corriente.

En el café La Habana, en un bar de San Ángel, en las islas de CU

A Cuauhtémoc Méndez

Junio se acaba en una hora gris tendida entre las once y las doce. Nube con minutos que se paran a mirar los pájaros, siempre los pájaros.

Llevo dos semanas con tu mirada en la memoria, esa fotografía que algún salvaje detective subió a la Internet con motivo de tu homenaje en Morelia, y para avisar de tu muerte el lejano 5 de mayo de 2004, luego de ejercer tus mil oficios que te sirvieron para quedar a mano, si es que se puede quedar a mano:

«Ahora te comes la tierra de tu tumba y la tierra de tu tumba te come a ti».

La luz abre un boquete en este horizonte lleno de pájaros, siempre los pájaros, mientras ves tras esa ventana el amanecer de las flores carnívoras, de los rincones que la sequía vuelve aún más claros. Ahí veo el humo de nuestros cigarros y de nuestros corazones, en el café La Habana, en un bar de San Ángel, en las islas de CU.

Y ando de asunto en asunto, aunque nada importe, de pronto sino esos ojos tuyos abiertos al mundo, al tiempo devorado desde el cual nos saludas con tu frente cubierta por el sombrero campirano.

“He dejado tras de mí/efectos y afectos personales,/cartas, poemas, cajones con papeles, libros, demandas laborales, ropa, salarios,/deudas por saldar, trámites en curso,/partidos, sindicatos.../Sobre todo: ramalazos del amor volátil”.

Cuauhtémoc Méndez. *Peso neto*

Cielo magro

Lunes por entre el martes y el resto de una semana de cierzo. Desde el amanecer hasta que el cielo se pone de oscuro y en lo alto de la bóveda aparece una luna amplia.

Martes de verde atónito entre los verdes. Miércoles de viento solano que desenreda y se lleva los cúmulos por donde un cardo vierte su sangre.

Jueves para que el gallo cante de sol a sol y nazcan las hormigas aladas, para que venga el viernes en el canto de las aves de marzo rompedoras de hielos.

Para que el sábado separe y desgarre las aguas con su devastadora calma. Domingo en que descansan hasta la resurrección y la gloria.

Un cardo vierte su sangre y sus solsticios bajo esos cielos magros.

Coplas para no llorar

I

Estas semanas cuando la difícil calidad del aire de la vida.
Este horizonte de ventanas y añil entre los cóncavos del
cielo.
Estas semanas de amarillo y trenes que oyes llegar pero no
llegan.

II

Es hora de cerrar los andenes y no hacer más preguntas, de
advertir las señales de prohibido, aterrizar en los aéreos
puertos del amor. Es tiempo de dar por muerta esa
conversación que tuvimos en aquella esquina del mar.

III

Te quiero escribir de todos modos, en esta tarde mientras la
tierra enrojece y yo, desde esta ventana, tiro palabras a la
sombra. Ahora que hay puentes y ahorcados y enamorados
colgados del atardecer, que crees ver llegar pero no viene. Te
quise hablar.

IV

Me quedo con aquel añil tras de los muros, los horizontes,
la lluvia, la no lluvia. El agua detrás de los andenes, la tarde
deshabitada, tus ojos en silencio. Sigo lanzando palabras a
esa sombra. Te llamo pero no estás, y para no llorar, canto
estas coplas.

Brotos de invierno

Pasan sin nosotros y frente a nosotros que estamos a veces como pintados en una pared vieja, pared que ni siquiera es nuestra vieja pared, sino la bruma interminable de esas calles por donde los transeúntes, caminando delante de uno, son más que nunca estériles brotos de invierno.

*

Página a página una historia que pone en liquidación, con escarlata y mayúsculas, la cuesta de enero, y de todo el año. También el abecedario de los deseos, los propósitos que se ahogan en las norias glaciares, y el césped regado al mediodía.

En liquidación los días, las noches, este horizonte que empieza desde una fuente donde tres pájaros evacúan sobre las piedras venerables, donde las larvas se asoman al sol –Nigromante *dixit*–, «sin temores o esperanza».

Por esta alegría de hormiga

Por Año Nuevo, por esos propósitos que siguen navegando después de nunca haber zarpado. Por esta tarde de lápices bruñidos y pájaros bruñidos.

Por esta tarde en que alguien enumera, una a una, las alegrías de la ciudad. Por esa alegría de hormigas a mitad de febrero, por este gozo de gardenia fumando incienso en una funeraria. Por los pésames y los pesares y las peras y las esperas.

Por esa alegría de hormigas, una a una. Porque los autos se han atascado en nuestra esquina y gritan como peces muriendo en la emboscada.

Por esta tarde que va a paso de nube. Por ese cielo de añil que parece violeta –vivo y quemado por el sol–, porque están las viejas rojas puertas sacudiéndose el polvo, y no hay reloj exacto en esas torres.

Porque hay clima loco, y vástagos, y viento en las ramas de los pinos,
en la ciudad de Aguascalientes, a los 18 días...

de un mes del que ya tengo el recuerdo.

scrito con rojas cenizas

No a la manera de Gardel, pero emprendo media retirada ahora, y ya sabe, de nuevo las gracias por toda la generosidad recibida, por los comentarios, ya en diálogos entrañables o a través de reencuentros en cualquiera de estas rúas. Por los telefonazos en donde se me dio santo y seña de asuntos relacionados con los pasos predidos y el tiempo recobrado.

Para matar el «spleen» de esta ciudad, no sin cierto placer, me di algunas tardes para hablar con porfía de ríos que ya no existen. Le puse además algunas rayas mías a esta ciudad, y hasta pasó lo que jamás me había ocurrido; "encanecí en estas calles", cambié de siglo y el color de los ojos se me hizo pardo. Confieso también que arrojé mil botellas a esos mares que desde aquí he creído ver expandirse, más de una vez.

El gran aprendizaje que me queda de este recorrido es que la vida es un tango y mantener el abrazo, su primera lección, igual echarse a rodar con los pies y el corazón; emprender largas caminatas por sucesivos países del sueño, y saber que en esto cada sesión es irrepetible.

Es una tarde en que maduran los frutos y el viento mueve la última fronda del día.
En un puente lejano alguien dejó escrito con rojas cenizas:

«Te esperé toda la tarde».

Aguascalientes, Ags., mayo de 2007.

TARDES Y ADELFA

El cuidado y diseño de la edición estuvieron a cargo
del Departamento Editorial
de la Dirección General de Difusión y Vinculación
de la Universidad Autónoma de Aguascalientes.